



TONO  
PARIS


Dib. TONO.—Paris.

—¿Qué haría yo para no estar tan gordo?


Ayuntamiento de Madrid

—Muy sencillo: comer y dormir poco. Usted tiene bastante con un *bocao* y una *cabezada*.





# LIDA



---

## Crema recons- tituyente

---

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al  
~ rostro su tersura y lozanía ~

---

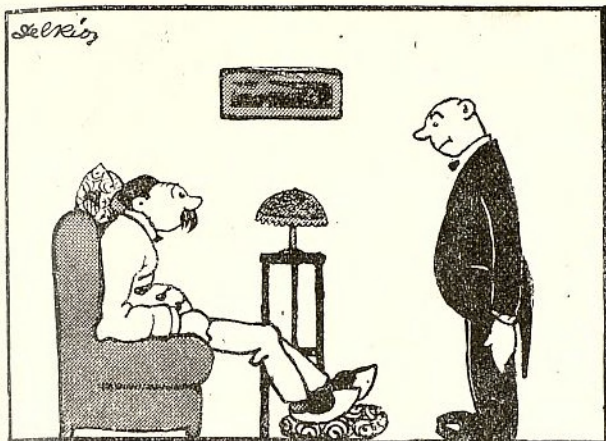
DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

---



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE



Dib. DEL RÍO. — Barcelona.

— Señor, afuera hay un ciego que desea verle...

11. — Del divino Bécquer.

**UN PAR**  
**ENCARNADA**  
**GRANATE**  
**FRANCESA**  
**ESPAÑOLA**

**500** **DISPARO**

12. — Pueblo de Almería.

**MARCA DE GALLETAS**

**Cupón núm. 3**

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero.

13. — Hace fuerza.

**1000 U**  
**5050**

15. — Parte del cuerpo.

**PEÑASCO ENORME**  
**UN BUEN SALCHICHÓN**  
**SIN R**

14. — Cinturón.

— Me voy al *tercia*, Da-mián.  
— Pues yo a *prima-dos*, que es mi obligación.  
— ¡Menuda *dos-prima* eso de trabajar!  
— Hace falta «*cuarta-dos*» para vivir.  
— Lo que llevas es un buen *todo* para colgarte de las ramas.

*Quando se enfada Canuto, los dientes enseña a Olive; pero lo hace desde que usa Licor del Polo de Orive.*

**CUPÓN**

correspondiente al número 116 de

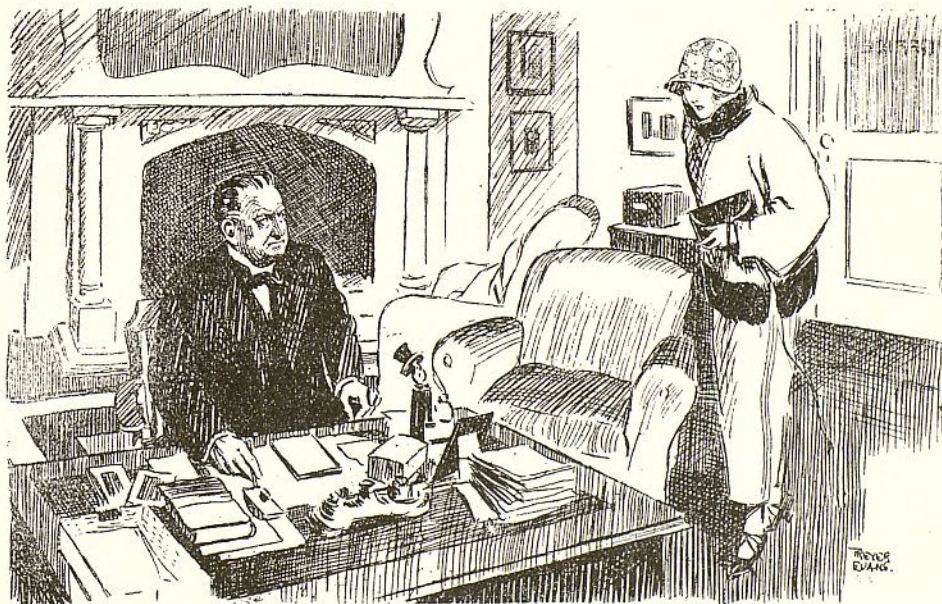
**BUEN HUMOR**

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

16. — Un gancho.

— Se empeña mi suegra en que *prima-tres* a Pascualito.  
— Dila que *tercia prima-tercia* ella a ti.  
— Ni aun así. Pascualito es un *dos-tercia*. Ayer en la batería ni siquiera supo enganchar el *todo*.

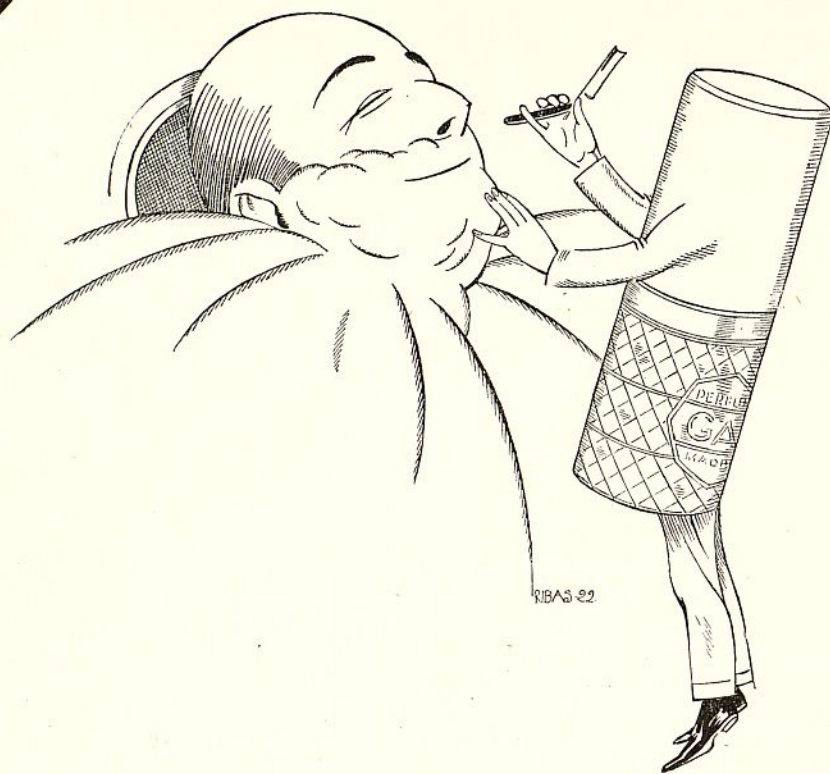
Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 114.



LA ACTRIZ. — Vengo recomendada por su amigo Rosendale.  
EL EMPRESARIO. — Rosendale me dijo que me enviaría dos señoritas, una muy bonita y la otra intelectual. ¿Cuál de las dos es usted?...

(De The Humourits, de Londres.)



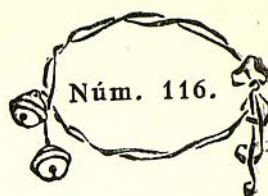


NO SENTIRÁ USTED  
LA NAVAJA  
SI SE AFEITA CON  
JABÓN GAL  
PARA LA BARBA

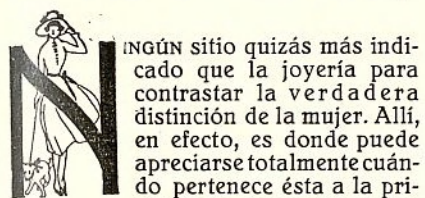
Barra, 1,50 en toda España.

PERFUMERIA GAL.-MADRID





## PALIQUES DE SOCIEDAD LAS MUJERES Y LAS JOYAS



NINGÚN sitio quizás más indicado que la joyería para contrastar la verdadera distinción de la mujer. Allí, en efecto, es donde puede apreciarse totalmente cuándo pertenece ésta a la privilegiada jerarquía de las cunas de oro y marfil — que diría el poeta —, y cuándo a esa moderna extracción de señoras que acaban de dejar el fregadero, el estropajo y la tabla de picar albóndigas para lanzarse resueltamente a los ecos de sociedad y hablar de vestidos de *organdi*, de partidas de *tennis*, y de *enveloppes a la Pompadour*, como decía heroicamente una ilustre *parvenue*. La primera de esas mujeres es sobria en sus gustos y espléndida en sus adquisiciones: le agradan la sencillez y la pureza de las joyas, y le molesta el relumbrón innecesario y plebeyo. A la segunda le sucede todo lo contrario: necesita acallar sus vanidades con algo que sea coruscante y llamativo, y desprecia por inservible todo lo que, desde las abultadas perillas de sus orejas, desde el enjundioso estuco de su pescuezo, o desde los rutilantes sabañones de sus dedos, no difunda a grito pelado los copiosos billetes que la interesada apila en el fondo de la faltriquera. Para la aristocracia se creó la joyería; para la timocracia, la bisutería. A las verdaderas señoras les agradan las perlas; las señoras convencionales prefieren los pedruscos gordos como lobanillos y las piedras chillonas como artistas de *variétés*.

El joyero — que suele ser un gran psicólogo — jamás contraria los gustos de la mujer. Observando la estoica frialdad con que la deja elegir los objetos del más delicado gusto o de la más depravada cursilería, dijérase que ignora la calidad de lo que vende. No es eso. Detrás del

mostrador, el joyero no tiene derecho a opinar. Su misión es ver, oír y vender. Le preguntan, y responde. Le piden tal o cual cosa, y la sirve. Ni más ni menos, ni menos ni más. Es como el taquillero de una estación, que lo mismo expide un billete de tercera clase a un multimillonario, que un departamento de coche-cama a un mozo de cuerda. Todo está en que lo pidan. Así se comprende cómo pueden viajar en *sleeping* algunos sujetos y cómo pueden salir de ciertas joyerías determinadas alhajas. De gustos nada hay escrito.

La moda en las joyas la impone la mujer, no el joyero. Este se limita a exhibir formas y tipos..., que es precisa-

mente lo que debieran hacer las mujeres, a juicio mío. Pero la elección del tipo y de la forma se la reservan ellas con una tenacidad que para su gloriosa empresa hubiera deseado Cristóbal Colón, pongo por hombre testarudo. Y en lo que mayores escrúpulos demuestran es en las pulseras de pedida. La adquisición de estos vanidosos e inútiles emblemas del uncimiento ocupa durante muchos meses la atención de la mujer, que no es extraño que, antes de decidirse a la compra, indague, pregunte, consulte y recorra todas las joyerías de la ciudad.

«¿Pero la pulsera de pedida no la compra el novio?», se me dirá. No; la compra la novia. El novio se limita simplemente a pagarla. Que no es lo mismo, gracias a Dios.

Las pulseras de pedida no suelen ser hechas de encargo. A las interesadas les corre muchísima prisa verlas en sus manos, y no tienen paciencia para esperar, lo cual está en evidente contradicción con esa serie interminable de idas y venidas, vueltas y revueltas, que preceden a la elección. ¿Ustedes se explican esto?...

Las piedras para esa clase de joyas son el brillante, el zafiro, la esmeralda y el rubí, por este orden, y sus precios varían de tres mil a treinta mil pesetas, según las piedras. No se alarmen las lectoras casaderas ante esta cifra. También hay piedras baratitas: el topacio, la venturina, el crisólito, la turquesa, el carbunclo, el ojo de gato... Claro que resultan un poco cursis; pero más cursi es quedarse soltera por toda la vida.

De las sortijas, poco hay que decir. Nuestras elegantes prefieren una o dos perlas montadas en platino. Nuestras nuevas ricas, estiman más un tresillo de brillantorros de las dimensiones de la barriga de Pérez Lugin. Nuestras carniceras se pirran por los rose-



Dib. SILENO. — Madrid.



tones engarzados en hoja de lata. Y nuestras cupletistas siguen usando románticamente esas terribles lanzaderas que sólo se ven en sus gentiles manos y en los polvorientos escaparates de las casas de préstamos, donde existe también esa otra refinada muestra de la chabacanería que se llama guardapelos, y que constituye la ornamentación preferida por las patronas, que en tales artefactos conservan con singular devoción cuantas porquerías capilares han podido coleccionar en el transcurso de su existencia. Los tales guardapelos, las sortijas de diente y los medallones de retrato forman la excelsa trilogía de la ordinariez más agresiva.

En cambio, la *trousse* representa hoy la cumbre del buen gusto, sobre todo dicha en francés, porque bolso, en castellano, no es ciertamente una palabra construida con semicorcheas. Sirve la *trousse* para guardar el pañuelo, el portamonedas, la carta del novio, la cuenta de la lavandera y esos pequeños menesteres de tocador que se han hecho imprescindibles para nuestras elegantes — la polvera, el frasquito de perfume, la barra de carmín para los labios, el lápiz para los ojos —, y que las acompaña

por la calle como la sombrilla en verano, el paraguas en invierno y la *carabiña* en invierno y en verano.

La versatilidad femenina se ha puesto recientemente de manifiesto en un hecho que nunca hubiera podido calcular el más acreditado forjador de extravagancias. ¿Saben ustedes qué se les ha ocurrido a las mujeres poner en moda? ¡El coral! ¿Ustedes han visto algo menos civilizado, menos culto, menos palaciego, menos presentable, que ese vulgarísimo pólopo? Yo supongo lo que ha ocurrido. Algunas de esas señoras recién llegadas al buen mundo, que, no obstante su clásica cerialidad, consiguen llamar la atención a fuerza de dinero, oíría esta frase corriente: «Fulano es más fino que el coral.» Y sin comprender la ironía que en la frase iba envuelta, discurrió así: «Eso quiere decir que el coral es cosa muy fina.» Y se cargó de perifollos de coral. Otras señoras de su categoría lo vieron, y la imitaron. Cundió el ejemplo, y se impuso la moda. Lo cual quiere decir que don Dinero podrá ser un caballero muy poderoso, pero no siempre resulta distinguido.

MARCIANO ZURITÁ

## UN RATO LARGO... DE FIERAS

Desde que se reinauguró, no había estado en la Casa de Fieras del Retiro. Y a fe que lo siento.

Porque, aunque ustedes lo duden, tiene bastante que admirar.

Hay numerosas jaulas, muchos azulejos, multitud de plantas y flores, rientes estanques, cómodos bancos, libros de Zoología... ¡Qué sé yo!

Bien mirado, allí no falta ya... más que las fieras.

Pero eso era lo de menos, por lo visto, para nuestros paradójicos ex municipales, que tenían un concepto de la lógica bastante extraño.

Ellos, los ex municipales — no estará de más hacer un poco de historia —, cayeron en la cuenta, hace cuatro años, de que Madrid no podía continuar con un Parque Zoológico propio de Villalobos del Monte.

Cayeron en la cuenta..., cuando ya todo el mundo lo venía diciendo desde tiempo inmemorial; lo que prueba, si no lo estuviera con creces, lo romas de inteligencia que han sido siempre (y lo que te rondará, cetrina) las autoridades municipales. Sí, porque teniendo de asesores nada menos que a la Prensa y al vecindario, que les facilitaban, *al alimón*, la una las ideas y el otro los medios para realizarlas (así se las ponían a Fernando VII), no daban una en el clavo.

Hace cuatro años, pues, aprobó el Consejo el plan de obras (ahora con el nuevo régimen no se dice plan, sino *rata-plán*), para construir la dicha Casa de Fieras. Votóse un crédito bien crecido, aunque mal *desarrollado*, y un buen día, tras ocho meses de discusión, se dió comienzo a las obras y se colocó el primer adoquín, dicho sea sin ánimo de molestar a nadie.

Total: que al cabo de los cuatro años, y tras de gastarse sumas fabulosas, que aprontó Juan Madrileño con destino a una Casa de Fieras, resulta que ésta se inaugura... y allí no hay fieras. ¡Ah! ¡Y menos mal que hay casa!

\*\*\*

Sin embargo, lectores: tal era el deseo de los madrileños de tener un Parque Zoológico, aunque sólo fuese nominal, que aquello era y sigue siendo un jubileo. Miles de personas desfilan ante las jaulas vacías. Unos empleados muy atentos (no parecen empleados), con gorra de galones, se desviven por contestar a las preguntas un tanto irónicas que suelen hacerles, absortos, los visitantes:

— Diga. ¿Y esta jaula?

— Esa es para un magnífico león. ¡Sobberbio ejemplar!

— ¿Joven?

— De unos dos años. ¡Y con una señora melena, señorial!

— ¿Húngaro, quizás?

— Bohemio, señora. ¿No ha oído usted lo de la «melena»?

— ¿Y dónde está?

— A estas horas vendrá ya de camino.

— ¿Lo han cazado?

— Verá usted. Si no lo han cazado..., debe de estar «al caer». Porque hace tiempo se dió el encargo a unos cazadores que marcharon a la India.

— ¿Y aquel pequeño jaulón?

— Ese es para una pareja de conejos gigantes.

— ¿Y dónde están?

— ¿Los conejos? También se ha dado el encargo a unos «cazadores»... Pero ¡échelos usted un galgo!

— Dígame. ¿Y el estanque ése?

— Aquí había una pareja de patos.

— Pues, ¿qué fué de ellos?

— Le diré, señora. La pata se escapó un día...

— ¿Volando?

— No, señora; corriendo. Usted no puede figurarse cómo «corren las patas» cuando dicen allá voy.

— ¿Y el pato?

— ¿El pato?... ¡También fué patal...

— ¡Ah!... ¿Eran dos hembras?

— No. Quiero decir, que pude yo habérmelo comido, ¿sabe?, toda vez que ya el par, sin la pata, quedó «cojo». Pero lo fui dejando, y a los pocos días — ¡maldita sea la pena! —, se murió de pena.

— Oígame. ¿Y aquella caverna tan grande?

— Esa la destinábamos para la osa mayor...

— ¿Se canea el funcionario?

— Ni mucho menos, señora. Quiero decir para la osa mayor... que hubiese en Asturias.

— ¡Ah, vamos! ¿Y no se le dió caza?

— Se le dió; pero no se le dió...

— No comprendo.

— Que no se le dió, digo, al que logró cazarla, el dinero ofrecido. Y ahí tiene usted por qué no tiene usted la osa. ¿Está claro?

— ¡Claro que está!

\*\*\*

Como ves, lector, hasta los mismos empleados del Parque han tomado a chunga la reinauguración de la Casa de Fieras.

— Claro es que al acto se le revistió de solemnidad, porque aquí se le da solemnidad a todo. En cuanto un individuo se decide a dar un conferencia en cualquier Centro cultural, antes que en la importancia del tema, piensa en el estado de su levita. El caso es revestir los actos de solemnidad.

Pero no os fiéis, los que vivís lejos de la corte, de los *bombos* que aquí solemnizamos dar a muchos actos, incluyendo, ya que de «actos» se trata, los de algunos dramas y buen número de comedias...

MIGUEL DE CASTRO



# CARTAS DE GUAYABA

("BUEN HUMOR" EN EL BRASIL)

## III

Querido Sileno: Todos sabemos que en Buenos Aires la gente va por las calles con un lazo, un poncho y bailando tangos. Que en Madrid el viajero ve las manolas con su consabida navaja en la liga; que el jefe del Gobierno es un torero; que un famoso bandido es al mismo tiempo obispo, y entra por la puerta de Alcalá en su caballo enjaezado a la andaluza, arrollando a los frailes y mendigos que llenan las calles, y lleva prisa porque va a llegar tarde a la cita que tiene con una duquesa.

Todo esto, con ser enormemente pintoresco, no era comparable al Brasil. El Brasil era la suma y compendio de lo extraordinario y famoso.

Yo he soñado algunas veces con Río de Janeiro, y me lo veía envuelto en una atmósfera sofocante, lleno de orquídeas y cocoteros. Resonando por doquier el griterío ensordecedor de los papagayos, acompañado del sonsonete de los bailes de negros. El cocodrilo y la serpiente de cascabel os saludaban al pasar por las *ruas*.

En el barco, al entrar en la bahía, me iba relamiendo, por anticipado, de las cosas extraordinarias que luego contaría yo en España. Solamente enfriaba un poco mi ilusión el temor a la fiebre amarilla.

En fin, no necesito detallarle mi entusiasmo, pues usted en mi caso hubiese experimentado lo mismo.

Yo conocí a un inglés que se quedó sumamente perplejo y contrariado, cuando al querer ir de Madrid a Sevilla se encontró ante un tren expreso, con coches-camas, en lugar de la clásica calesa que él esperaba.

La idea de cruzar Sierra Morena como un rayo, sin un encuentro con los bandidos, le anonadó. Aquello no era España. El hombre se volvió a su Liverpool con la convicción de que había sido estafado.

Pues bien. Yo también he sido vilmente engañado. Es asombrosa la desaprensión de los señores geógrafos, historiadores y narradores de viajes y aventuras. Usted, querido Sileno, sufrirá cruelmente cuando lea estas líneas, pues usted también admiraba al Brasil, con sus negros, sus indios y sus cocos.

En los árboles de las avenidas no véis ni un solo papagayo. Yo observaba atentamente las caras de las gentes, y

nadie mostraba extrañeza por la falta absoluta de papagayos.

Cuando quise ver loros me llevaron al Jardín Zoológico. A lo mejor, eran comprados en la plaza de Santa Ana.

En el hotel, lo primero que hice fué advertir que, cuando por la noche empezara el ataque de los indios, no dejaran de avisarme. Noté cierta sonrisa de pitorreo, que al principio me extrañó; pero que después he comprendido perfectamente. Aquí, un indio es tan raro como en la calle de Segovia.

Esto da muchísima rabia, pues le destripan a uno toda la novelesca narración que pensaba lanzar a los amigos en Madrid. ¡Los indios persiguiéndome por las *ruas*!... ¡Flechas envenenadas con vermú!... Todo eso que era Río de Janeiro, con sus monos, con sus indios, con sus calles empedradas de esmeraldas.

No he visto aún ni un triste brillante. Al principio miraba y remiraba al suelo por todas partes, y sólo veía colillas, papeles, cáscaras, etc. Después me he convencido de que, o los barren por las mañanas muy temprano, o es una fase

ros, y, en cambio, son terriblemente molestos. Los hay ya aclimatados, cuyo pitido tiene cierto aire de *matchicha*. También los hay que pitan fados; pero todos ellos pican de un modo espantoso, y, sobre todo, que pican en portugués, y, como uno aun no está familiarizado con el idioma, las ronchas son mucho mayores.

Aquí se van dando cuenta de la urgente necesidad de dar a esto un carácter más exótico.

En el Jardín Zoológico había un pobre hombre, un emigrante de Cantalapedra, que, vestido de caimán, aterraba al inocente público con sus bramidos y gestos terribles, propios de la especie.

El hombre hacía muy bien su papel de fiera, hasta el extremo de que a veces se excedía, y para infundir más terror, se encaraba con algún pobre paleto y le decía con voz terrible: «¡Te voy a dar un tirol! ¡Huuuuu!»

No había más que verlo para pensar en las pavorosas regiones del Amazonas y convencerse de que estaba uno en la América de los conquistadores y las bananas.

Un día nefasto, este hombre, que vivía feliz en su papel de representante de la fauna suramericana, vió, con el espanto que es de suponer, que, tras mil esfuerzos y con infinitas precauciones, introducían en su jaula un auténtico, un espantoso y terrible *jacaré* (1), verdadera fiera, que cuando se diese cuenta de la mixtificación del compañero, no tardaría en reducirlo a pequeños fragmentos.

El hombre sudaba de terror y procuraba incrustarse en un rincón para pasar inadvertido a la formidable alimaña, que, atenta en un principio a recobrar su libertad perdida, aullaba y se retorció de un modo horroroso.

Al fin, pareció calmarse un poco, y fijando su vidriosa e inexpresiva mirada en el compañero, hizo ademán de dirigirse a él, sin duda para saludarlo.

Las primeras frases del credo acudieron a los labios del infeliz mixtificador. Aquello era el principio del fin. El formidable animal se le acercaría, le olería de cabeza a cola, y, cuando se diese cuenta del engaño, su furor no tendría límites, y entonces..., entonces todo sería cuestión de segundos. Las pavorosas mandíbulas se cerrarían sobre él, y...

(1) Caimán, nombre indio con que se le conoce en el Brasil.



más de la tremenda estafa de que soy víctima.

Ya no creo ni en los cocos. Los veo por las tiendas, y me pregunto si no serán fabricados en Nuremberg, con guta-percha y pasta dentífrica, o algo por el estilo.

Con lo que no estoy conforme de ningún modo es con la importación de mosquitos. No creo que hagan falta alguna para dar sabor exótico a los extranje-



¡Pero no! En su papel de reptil fiero, no podía decorosamente dejarse masticar así porque sí. ¡El era un caimán! Renunció a su papel de persona desde el momento en que la atroz necesidad le obligó a meterse en aquella piel escamosa que había llevado muy dignamente, largos años, antes que él, un portugués de Cascaes.

El ahora era tan caimán como el otro, tan fiero como el otro, y, además, él era de Cantalapedra, donde jamás hubo cobardes. Lucharía, sí. Lucharía, y ¿quién sabe? Tal vez fuese la fortuna de atizar un mal golpe a su enemigo.

Un rugido pavoroso le sacó de sus reflexiones. Miró con inquietud, y vió al terrible *jacaré* que había empezado a olerle la cola.

Se mantuvo quieto. La fiera proseguía su investigación hacia las patas traseras.

Se preparó para una defensa numantina. El monstruo no podía tardar ya en darse cuenta del truco. Menos mal que a aquellas horas no había nadie en el parque.

El otro, en aquel momento llegaba a la altura de la cabeza. Olía, olía y soplabla. De pronto acercó su enorme boca a la del valeroso truquista, y de entre las terribles filas de dientes salió una voz meliflua que le dijo con tono sofocado: «¡Qué calor! ¿Eh?»

Es verdaderamente anodante todo esto. La desilusión más completa se apodera de usted y siente irresistible tentación de dar a los negros con una gamuza, a ver si son pintados. Es como si usted fuese a Pekín y se encontrara con que en los teatros se exhibían malabaristas vestidos de mandarín como una novedad. Que no existían vajillas de porcelana, y que se asombrasen muchísimo de verle dibujar con tinta china, desconocida para ellos.

Si no fuese porque a cada paso hay que decir *muito obrigado*, y todos los días os llaman *excelença* (eso me gusta *muito*), podría creerse que no habíamos salido de la glorieta de Bilbao.

#### IV

Querido Sileno: Usted habrá pasado muchísimas veces por la Gran Vía, ¿verdad? Allí habrá visto usted un café con el nombre de café de San Pablo, y hasta es fácil que alguna vez haya tomado café en tal lugar, aunque yo sé que usted prefiere la leche con torta de Alcázar.

Yo también he tomado café en ese sitio, y jamás pensé que llegaría un día en que iba a tomar el café en el auténtico San Pablo.

San Pablo, o Sao Paulo, como se

dice en brasileiro, es la segunda ciudad del Brasil. Capital del Estado de su nombre, y el más importante centro productor del café. A Sao Paulo puede irse muy cómodamente en ferrocarril, sin temor a los peligros de la selva. Está muy cerca de Río de Janeiro, y es una población grande y moderna.

En Sao Paulo hay muchas cosas interesantes; pero lo más típico y digno de verse es *Butantán*.



Cuando por primera vez me invitaron a ver el Butantán, yo creí que se trataba de ir a golpear sobre algo sonoro; pero muy pronto me sacaron de mi error. Me metieron en un *taxi*, y sin la menor consideración a mi naturaleza de andaluz, me llevaron al imponente Instituto de Butantán, nombre sonoro por demás y evocador de todas las visiones más dantescas que puedan imaginarse.

El tal Instituto, situado en las afueras de la ciudad, fué fundado exclusivamente para estudiar los efectos de las mordeduras de las serpientes, examinar los venenos y fabricar los contravenenos.

Como usted verá, el lugar es como para representar una comedia de García Álvarez. En el extenso jardín del Instituto hay unos grandes espacios con el suelo cubierto de césped. Esos espacios están rodeados de un foso con agua, como de metro y medio de ancho, y los cierra un muro de cemento, con una balaustrada que viene a tener la altura del pecho de una persona.

Colocadas en el césped hay una especie de cúpulas de argamasa, como casas esquimales, con varios agujeros a ras del suelo, que son las puertas, y, distri-

buidas a su placer por todo el recinto, unas sesenta o setenta serpientes de diferentes clases, tipos y colores. Verdes, rojas, grises, negras, a pintas, a rayas; con dibujos, sin dibujos; grandes, pequeñas, largas, cortas, flacas, gordas; en fin, una riquísima (!) colección como para no dormir del susto en tres semanas.

Todas ellas son indígenas y venenosas. Como es natural, tienen su clasificación por nombres, especies y familias, y mis amigos, habitantes de San Pablo, las conocen perfectamente.

Desde la balaustrada se ven a metro y medio de distancia. Tuvieron que empujarme para que me arrimase al muro, y, después de asegurarme muy seriamente que no podían atravesar el foso de agua, consiguieron que me acercara a la balaustrada.

Todo eso es muy terrible; pero para el que, como yo, ignoraba las *virtudes* de los animalitos, no resultaba tan espantoso, si no hubiese sido por las explicaciones.

—Mire usted aquella, oscura, con pintas verdes. Es la Fulanita. Esa ataca confundiendo con la hierba. Se enrosca, y cuando el trabajador, descuidado, la pisa, muere, y su mordedura produce la muerte en unas horas.

—¡Repámpanol!

—Aquella otra amarillenta es muy curiosa. Ataca desprendiéndose de las ramas de los árboles al paso del viandante. Su veneno mata en tres horas.

—Oiga usted. ¿Tiene usted ahí alguna llave?

—Sí. ¿Por qué?

—¡Démela! ¿Supongo que será de hierro?

—Venga usted. Mire aquella, pequeña, a fajas rojas, negras y blancas. ¿La ve? Esa es la llamada cobra de coral. La más peligrosa de todas. Su mordedura no suele dar tiempo al contraveneno. Mata rapidísimamente.

Conforme avanzan las explicaciones, va uno dando saltitos, cada vez más frecuentes.

Una mosca que roce la cara da lugar a seis u ocho autobofetadas casi simultáneas, con caída del sombrero y de cuantos objetos se lleven en las manos.

El cuerpo todo pica; molesta hasta el vello; los pellizcos involuntarios menudean; los dedos se mueven solos, y en ese momento, una hierba cualquiera se enreda en una pierna y...

¡Pafl... ¡Pafl... ¡Cataplum!... ¡Trisl... ¡Trasl... Un remolino espantoso. Cuatro saltos mortales, y se encuentra uno, sin saber cómo, a trescientos cincuenta me-



tros del serpentario, en medio de una haza de lechugas de la vecina huerta.

Este ligero desahogo serena un poco. Los amigos, con una sonrisa disimulada, han venido en socorro.

—¿Y mi sombrero?... ¿Y el paquete que llevaba en la mano?

Un chico me trae los objetos que volaron sin alas, y vuelvo al serpentario maldito.

Allí me aguarda un espectáculo curioso.

El encargado, el patrón de aquellos pensionistas infernales, ha entrado en el recinto.

En medio de todas aquellas furias del Averno, hace pensar en un alucinante peluquero que allí hubiese pelado al rape la infernal cabeza de Medusa.

Con unas botas de fortísima piel, y altas hasta el muslo, se pasea en medio de sus huéspedes.

No le conocen. En el obtuso cerebro de una cobra no cabe sentimiento alguno de amistad. Conforme el hombre avanza, las más próximas se desenrollan rápidamente, y con un estira y encoge fulminante, muerden furiosas en las fuertes botas de piel.

El hombre permanece como si estuviera en un corral de gallinas.

—¿No se da el caso de que muerdan en un sitio no protegido? — pregunto al hombre.

— Sí, señor. Ya me han mordido alguna vez; pero es muy raro. Es preciso un gran descuido, y algunas en ese momento no tenían veneno. Se lo habían extraído en el Instituto.

— Pero ¿y cuando tenían veneno?

— Inmediatamente me aplique el contraveneno. Ya ve usted: tengo la fábrica ahí enfrente.

Y señalaba al edificio blanco del Instituto, que a corta distancia se alzaba como garantía de vida de los seres humanos expuestos a tan terrible plaga.

A mí, el tío aquel me causaba más admiración que don Juan Tenorio.

De pronto, el hombre se agacha rápidamente, y más rápido aun vuelve a erguirse, con un brazo estirado, mostrando en la mano una cobra.

Mi primer impulso fué repetir la anterior escena gimnástica y dirigir una furtiva mirada a la huerta de las lechugas. Sin embargo, pude contenerme y mirar.

El Fulano aquel tenía cogida la serpiente por la cabeza, de un modo especial, que la impedía volverse y morder. Apretando con los dedos, la obligaba a abrir la boca. Con un gancho de alambre oprimía la glándula, y por el diente hueco empezaron a salir unas gotitas de un líquido color de ámbar. El veneno.

Para cada especie de cobras hay que fabricar un contraveneno especial, hecho con sus mismos venenos, y lo más estupendo es que, a tal extremo llega la familiaridad — digámoslo así — de los campesinos con sus terribles enemigos, que por la forma de la herida conocen

la clase del animal agresor y saben qué clase de remedio hay que aplicar.

De los campos del interior del Estado envían los ejemplares vivos al Instituto, a cambio de los contravenenos. Un intercambio infernal, como para una película de series.

No se atreve uno ni a arrimarse a un tiesto de albahaca, y cuando se queda solo en el cuarto del hotel, siente no tener una caja de acero para meterse y pasar la noche.

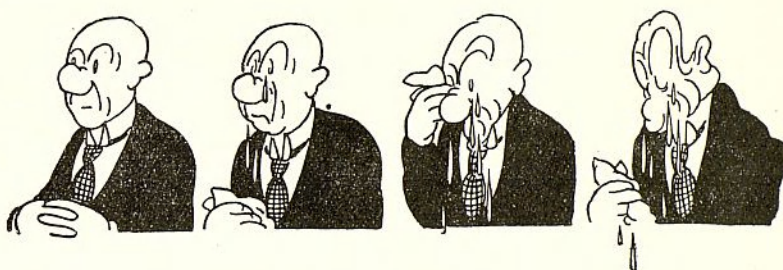
El recuerdo de lo que se ha visto hace vivir a saltos. Se acuesta uno y no se atreve a apagar la luz. Agitan el ánimo sueños horribles, y al despertar a la mañana siguiente se encuentra fuera de la cama, dos sillas derribadas, una mano dentro de un zapato y los tirantes arrollados al pescuezo.

Hasta la próxima, le abraza

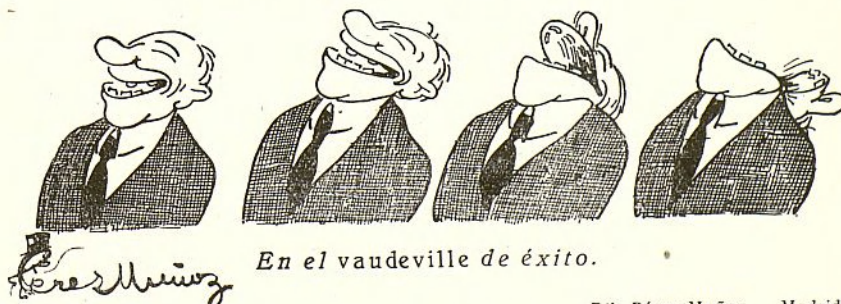
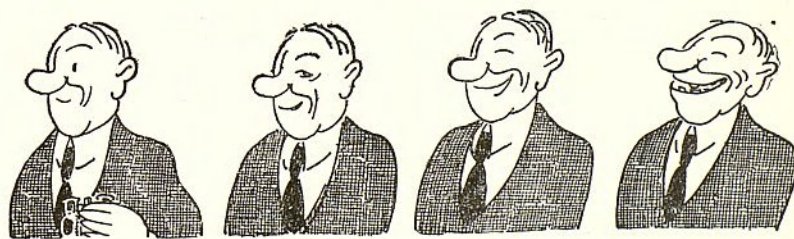
FRANCISCO LÓPEZ RUBIO

Sao Paulo, noviembre de 1923.

## EFFECTOS DEPLORABLES DEL TEATRO



En el drama de éxito.



En el vaudeville de éxito.

Dib. PÉREZ MUÑOZ. — Madrid



# HISTORIA INCOHERENTE

Tuve un amigo, al que conté entre los más caros de mis afectos, porque estuvimos muy unidos en nuestros primeros años de juventud, ya lejanos.

Mi amigo era un muchacho fuerte, rollizo, de contextura de atleta, con bíceps de hierro.

Como cosa corriente, en el café escribíamos señas en el pico de la mesa, y luego rompía el mármol para guardarse la apuntación, como quien le da un pellizco a una bizcochada.

Se llamaba... ¿Cómo se llamaba, que no me acuerdo?... ¡Se llamaba...! Era vascongado, con un apellido vascuence muy raro. De esto me acuerdo perfectamente; llevaba siempre su boina pequeñísima, que se confundía con la masa de su cabeza. Pero... ¿cómo se llamaba?...  
 Tenía un tío que era feo como una interjección, de las que no se pueden poner como ejemplo en la Gramática. *Todolindo* le llamaba él, por corrupción, por efecto indudablemente, pues, como digo, era el hermano de uno de sus progenitores, ignoro de cuál, un tío feo.

Eso sí, *Todolindo* bailaba el *aurreku* que era una preciosidad.

Pero ya me acuerdo: se llamaba Salabanchu. ¡Justamente, Salabanchu!

Le dieron, en aquel tiempo, un diploma por el levantamiento de pesos, que él tenía puesto en un cuadro. Aun me parece que estoy viendo colgada la mención honorífica, escrito en ella y en preciosa letra inglesa su nombre: «Gregorio Salabanchu.» Encima del premio había un retrato de Calvo, hecho con pelo, y, a un lado, una alegoría de Sansón, sin pelo, quiero decir, dibujado a lápiz.

Pero... no; no era Salabanchu. Su nombre era más largo; tenía más letras... Se llamaba: Sa... la... ban... chu... ga... Esto es: ¡Salabanchuga! Igual que su tía Tarsila Salabanchuga, la que murió loca por la pérdida de la guerra de los alemanes.

Fué la pobre señora una germanófila tan extremada, que al perder la guerra los súbditos de Guillermo, su razón se nubló, y, con un perro que tenía, que atendía por *Káiser*, se pasaba los días cantando *Lohengrin*, dando vueltas por el paseo del Cisne.

Salabanchuga, mejor dicho, Salabanchugarré, que ahora recuerdo que era como se apellidaba mi antiguo amigo, sufrió un rudo golpe con la muerte de su tía doña Tarsila Salabanchugarré. Honró su memoria con un entierro suntuoso; le mandó hacer un funeral solemnisimo, y, por fin, le hizo construir un mausoleo regio, en cuya lápida, sostenida por un ángel que la cubría con un ala, le salían dos destellos de las manos y cuatro del ala, se leía una sentida dedicatoria, presidiendo en el cen-

tro el nombre «Salabanchugarré», en bajorrelieve, y rodeado de flores en piedra, que, como cayendo por el mausoleo, estaban esculpidas hasta el pie de la tumba.

Pero, volviendo a mi amigo, era un verdadero caso de fuerza mayor.

Se casó; llegó hasta tener siete hijos. Bueno; pues sostenía sin gran trabajo a toda su familia, sin perjuicio de que vivieran, sin embargo, incluso él, a costa de un cuñado suyo.

En cierta ocasión en que se iba de viaje y yo le acompañaba, por cierto, quiso tomar un coche de punto, y el

cochero se negó a llevarnos, porque era muy grande el baúl. Bien; pues Salabanchugarreta (así era como se llamaba: Salabanchugarreta), se echó atrás, y cogiendo el inmenso baúl, que pesaba más de noventa kilos, lo puso en el pescante, gritando: «¡Como me llamo Rodríguez, que nos tienes que llevar!»

Ahora me acuerdo: se llamaba Rodríguez, era madrileño y vivía en la Cava Baja. ¡Salabanchugarreta era un jefe carlista amigo de mi padre!

ANTONIO PLAÑIOL

# STEINLEN

Toda la Prensa mundial se ha ocupado estos días pasados de la muerte del gran dibujante Steinlen, acaecida en Montmartre, rodeado de su criada senegalesa y de sus gatos siameses.

Buen Humor, queriendo ofrecer a sus lectores algo original, después del fárrago de biografías, retratos y reproducción de dibujos del ilustre maestro, y queriendo al propio tiempo honrar la memoria del mismo, publica hoy un dibujo suyo, que tiene un doble valor: primero, el de ser absolutamente inédito, y después, el de ser uno de los pocos dibujos francamente festivos del dibujante, para quien el tema predilecto fué siempre la pequeña tragedia vulgar, la vida de la calle, los gestos y el ambiente del humilde.

\*\*\*

Steinlen, que había nacido en Lausane y se había luego naturalizado francés, llegó a París en plena apoteosis literatesca de Montmartre y *Quartier Latin*. Con su amplio traje de pana negra, su chalina, su chambergó, su pipa y su barbita, se presentó un buen día a Rodolfo Salis, aquel extraño conglomerado de *cabaretier*, gentilhomme y artista.

Salis se paseaba por su restaurant-taberna *Le Chat Noir*, vestido de gentilhomme de la época de Francisco I. Con su cara de diablo y sus grandes voces, era, al mismo tiempo, el alma directora del *Chat Noir*, periódico. Steinlen, que era un prodigioso pintor de gatos, había de ser forzosamente para Salis un hallazgo. Y así fué como Salis, que de tan prodigiosa manera atendía al mismo tiempo a la cocina del *Chat Noir*, restaurant, y a la redacción del *Chat Noir*, periódico, incorporó a la legión de sus colaboradores el nombre, más tarde glorioso, de Steinlen. Y así fué también como, durante bastante tiempo, el trabajo del

dibujante no se cotizó en monedas, sino en productos del restaurante. Steinlen, en aquella época, no podía decir: «Mis dibujos valen tantos o cuantos francos», sino: «Mis dibujos valen tantos o cuantos bocks de cerveza y tantas o cuantas chuletas, que me servirá Salis en su bodegón.»

Steinlen fué más tarde el verdadero amo del cartel, del *affiche*, que abandonó para dedicarse de lleno a la tarea de ilustrador. Ilustró obras famosas de Ruidard Kipling, de La Fontaine, de Richépin, de Maupassant. De Anatole France había ilustrado el célebre *Crainquebille*, y la muerte le ha sorprendido terminando la colección, aun inédita, claro es, titulada *Gueux et Vagabonds*, que iba a llevar texto y comentarios del mismo Anatole France.

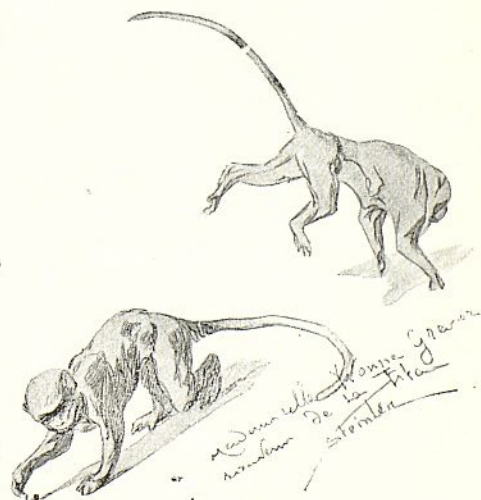
\*\*\*

Entrar en casa del dibujante no era tarea muy cómoda, a causa de su amor por los gatos, de quienes ha sido, con los pinceles, el más genial intérprete. Debajo de las camas, sobre las mesas, paseando por los pasillos, y hasta colgados de la percha, se encontraba uno con verdaderos montones de gatos, no siempre muy amables para el visitante. Los gatos eran los verdaderos amos de la casa, e imponían sus costumbres, y hasta alguna aventura pasional de Steinlen tuvo mal fin por no haber sabido *ella* congraciarse con los animalitos, que, irritados, clavaron sus uñas en unas torneadas pantorrillas, mientras Steinlen, sin quererlo, se moría de risa.

A pesar de lo que se ha dicho, Steinlen ha muerto con algún dinero. Y con una casa propia que habitaba su hija. Ha sido su última originalidad: morir con dinero. ¿De quién de por estos barrios, dibujante, poeta o autor, se puede decir lo mismo?

GABRIEL GREINER





*HISTORIETA MUDA, original e inédita, del gran dibujante suizo STEINLEN.*



# TIERNA DESPEDIDA por Juan Pérez Zúñiga

Si el censor se lo consiente,  
dará, con prudencia suma,  
un nuevo golpe inocente  
a las patatas mi pluma.

Con tanto el bolso expriminos  
y no venderlas baratas,  
tendremos que despedirnos  
muy pronto de las patatas.

Me curo, pues, en salud  
por si aumenta la subida,  
y al compás de mi laúd,  
ahí les va mi despedida.

«¡Adiós, patatas asadas  
que me ponía la Alberta,  
y que eraís denominadas  
chuletas asás de huertal

¡Adiós, patatas cocidas  
con sal, vinagre y aceite,  
que fuisteis en mis comidas  
objeto de mi deleite!

¡Adiós, patatas rellenas  
del más vulgar picadillo,  
que os hallan siempre tan buenas  
el paladar... y el bolsillo!

¡Adiós, patatas mezcladas  
con huevos en las tortillas,  
ya secas y apelmazadas,  
ya sueltas como natillas!

¡Adiós, patatas inglesas,  
simpáticas y elegantes,  
lo mismo que obleas tiesas,  
doradas y chorruscantes!

¡Adiós, patatas guisadas  
con salsa coloradita,  
que, aunque no sois delicadas,  
sois una cosa exquisita!

Pues la subida es un hecho,  
¡adiós, patatas *soufflés*,  
infladas por el derecho  
igual que por el revés!

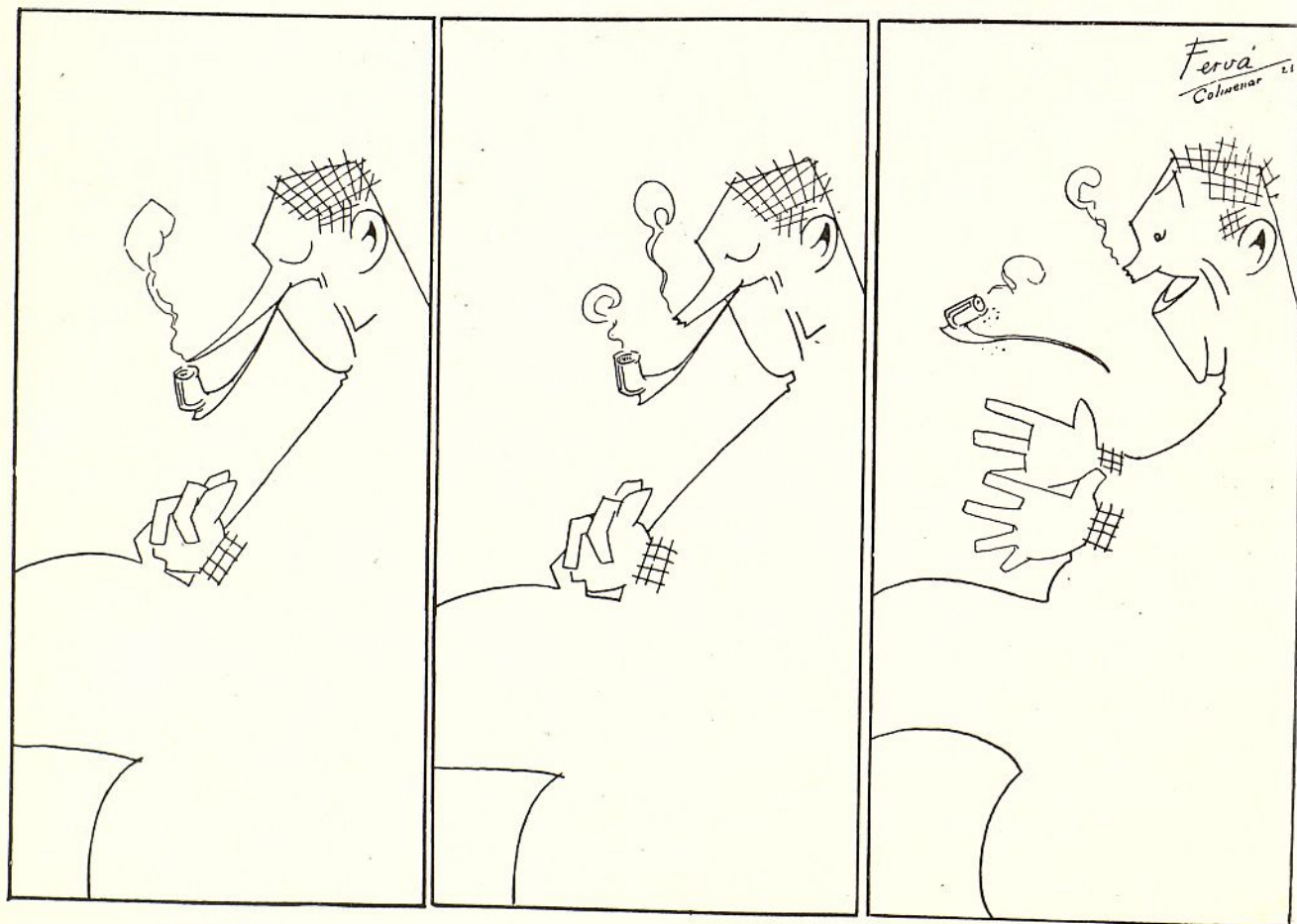
En estas coplejas raras  
os mando mi despedida,  
por si al venderos tan caras  
no os vuelvo a ver en mi vida.

Mas, no obstante, sin bravatas,  
al alcalde pido y ruego  
que señale a las patatas  
precio bajo desde luego;

porque (bien lo sabe Dios)  
hoy están, y ello es notorio,  
sólo al alcance de los  
señores del Directorio.

¡Dios quiera que se consiga  
(cumpliendo intenciones gratas)  
que, puesto que el nombre obliga,  
baje... *Al... cocer las patatas.*

Y no engañen más, en fin,  
con que nos las bajarán,  
ni con que si patatín  
y con que si patatánl...»



LA TRAGEDIA DEL HOMBRE DE LA NARIZ LARGA, por FERVÁ.



# LA CAZA DEL TIGRE

## HISTORIA DRAMÁTICA, A LO CAMI

EL ASTUTO CAZADOR. — Ya he llegado al lugar en el que voy a cazar al tigre feroz... Prepararemos los bártulos... Aquí, en esta plazoleta perdida en la selva virgen, realizaré la hazaña. He traído de todo. Primero, sujetemos esta caja de madera fuertemente al suelo; para que esté bien sujeta, la ataremos a la tierra. *(Pone la caja en el suelo, y da la vuelta al mundo alargando cuerda; por fin, llega de nuevo al mismo sitio.)* Ya está... Y ahora, por esta abertura de la tapa superior, ancha tan sólo para que pase una mano, dejaré caer este puñado de avellanas... Así; ya está bien. Ahora, me subo a un árbol y toco el silbato. *(Saca un pito, y arranca de él un sonido bastante desagradable. Escucha, pero la selva está en silencio; repite el silbido, y el mismo silencio responde a su ansia; por tercera vez suena su instrumento, y entonces aparece de un salto el tigre feroz.)*

EL TIGRE FEROS. — Creo que han llamado. Será en broma, o de verdad. Pero, calla, si desde aquí percibo el olor

de las avellanas, mi manjar predilecto. ¿Dónde estarán? ¡Ah, dentro de esta caja!... ¿Quién habrá traído estas deliciosas avellanas? Pero ¿qué me importa? Las voy a coger. *(Introduce una zarpa en la caja por la abertura, y agarra las avellanas; pero la zarpa no puede salir, una vez cerrada, y hace varios esfuerzos sin éxito.)* ¡Cas-pitillal... No puedo sacar las avellanas, pues mi mano no sale al convertirla en puño. ¿Cómo haré para llevármelas...? *(Piensa.)*

EL ASTUTO CAZADOR *(desde el árbol)*. Gracias a mis dotes psicológicas, a mis conocimientos de la moral de los tigres, voy a poder cazarte, tigre feroz.

EL TIGRE FEROS. — ¡Sí, sí! *(Se sonríe.)*

EL ASTUTO CAZADOR *(deslizándose hasta el suelo)*. — Ahora verás quién se come las avellanas.

EL TIGRE FEROS. — Yo... Yo... *(Vuelve a introducir la garra en la caja y a coger las avellanas; pero, aunque intenta sacar la zarpa, no puede, si no las suelta.)*

EL ASTUTO CAZADOR *(arreglando unas cuerdas)*. — ¿Tú?... Ahora verás, ahora verás quién se lleva las avellanas, tigre feroz.

EL TIGRE FEROS. — Yo, yo me las llevaré; las tengo cogidas, y no me voy sin ellas.

*(El astuto cazador se aproxima a la fiera y le ata las patas de detrás, mientras ésta hace esfuerzos inauditos por llevarse las avellanas.)*

EL TIGRE FEROS. — ¡Pues yo no las suelto! ¡Pues yo no las suelto!

*(El astuto cazador intenta llevarse a cuestras al tigre feroz; pero éste sigue sin sacar la garra de la caja de las avellanas, y ofrece gran resistencia.)*

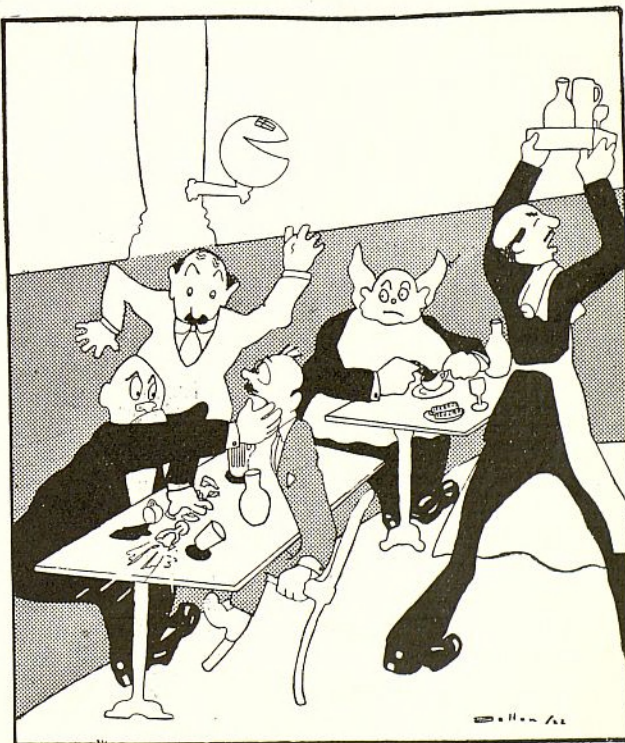
EL ASTUTO CAZADOR. — Ya sé cómo me lo llevo. *(Desata la caja, la agarra en sus manos, y se marcha hacia el pueblo; el tigre, sin soltar las avellanas, sigue al astuto cazador dando saltos, molesto por las cuerdas. Así llegan al pueblo, y el astuto cazador es aclamado.)*

EDGAR NEVILLE



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Hasta después de muerto, estoy a dos velas...



Dib. BELLÓN. — Madrid.

BRONCA EN EL CAFÉ

EL CAMARERO. — ¡Vaaal...





Combate de boxeo que habrá un día,  
y que será, tal vez, de los peores,

## BATERÍA

ESLAVA. — Una comedia que encoge.

*Angela María* es una comedia que, quizás por la indole de su tejido, encoge, encoge como una camiseta recién lavada. Cuando Arniches y Abati estaban en buena armonía, tejieron esta comedia, y la leyeron a la compañía de Eslava. Entonces, *Angela María* tenía tres actos, como cualquier comedia que se estime en algo.

Entonces, desde aquel día de la lectura, la comedia empezó a menguar, y fué perdiendo escenas. Cuando quisieron darse cuenta, ya no era ni sombra de lo que en principio había sido.

Ya no era posible estrenarla para Pascuas, como era lo convenido. Se estrenó entonces *La muerte del dragón*, que era una comedia inalterable.

Arniches tuvo que llevarse a su casa lo que había quedado de *Angela María*, y empezó a recomponerla, añadiéndole puntos, como hacen las señoras con los jerseys.

Cuando de nuevo estuvo completa, la volvió al teatro, donde se comenzó a ensayar a toda prisa, por miedo a que se acortase otra vez.

Era forzoso estrenar la comedia, fuese como fuese, y por temor a nuevas dilaciones y a nuevos peligros, se estrenó con aquellos dos actos, que aun perdieron algunas frases en el ensayo general. Se veía encoger por momentos aquella pobre *Angela María*, setemesina de padres divorciados.

Se estrenó, y gustó mucho. Y decir que gustó *Angela María* es como decir que gustó Catalina Bárcena, alma y eje de la comedia. Parecía conjurado todo peligro. El triunfo de la actriz había sido resonante, y *Angela María*, gracias a él, viviría muchos años.

Pero estas esperanzas eran más vanas que Pérez Lugín. El gozo de la Empresa de Eslava había caído en el pozo de la desolación.

Cuando, al día siguiente del estreno, quisieron sacar a *Angela María* a escena, no la encontraron por ninguna parte.

Hubo que suspender las representaciones. Dos o tres días de verdadero tráfigo rehicieron la comedia nuevamente. Se volvió a representar.

Lo terrible es que, hecha de prisa esta nueva y quién sabe si definitiva *Angela María*, si no se han empleado en ella mejores materiales, vuelva a encoger. Lo sentiríamos, porque le cae divinamente a Catalina Bárcena.

## LOS ÚLTIMOS ESTRENOS POR ROBLEDAÑO Y LÓPEZ RUBIO

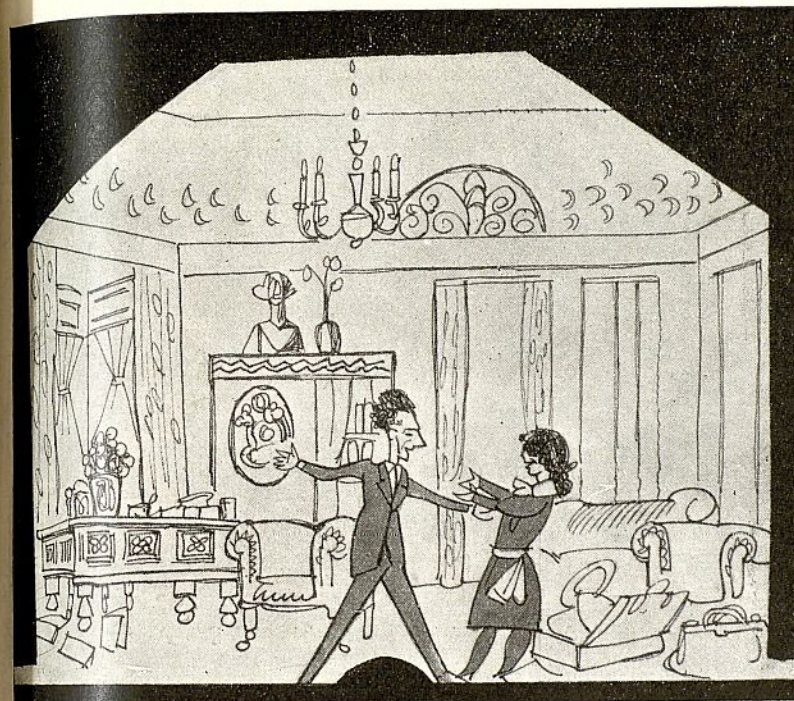
ESLAVA. — "ANGELA MARÍA", de Arniches y Abati.



ACTO I

En la casa de su tío  
ella se presenta un día,

y hace rezar el rosario.  
Es mucha Angela María.



ACTO II

— Ahora me voy al colegio,  
puesto que me echas de aquí.

— Si tú te vas, yo me muero.  
¡No puedo vivir sin ti!



ACTO I

— La carta es una mentira;  
debes tener más pestaña.  
Es el primo de tu esposa  
el que con ella te engaña.



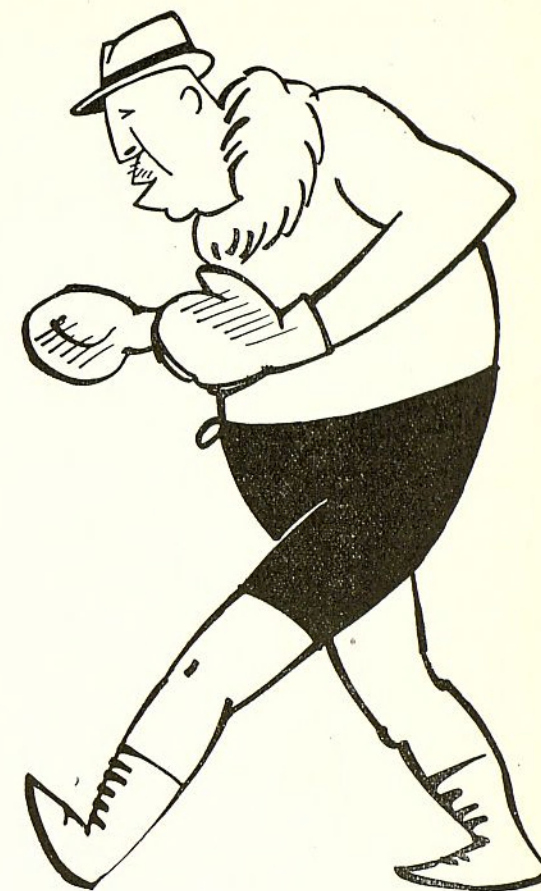
ACTO II

— ¡Es pronto de aquí;  
sea la carta completa.  
(Se va la Corralito  
y canta saeta.)



ACTO III

— No es mi primo, que es el otro.  
¡Mátale, mátale a él solo!  
(Se va corriendo el marido,  
y le da un tajo a Manolo.)



entre Arniches y Abati, los autores  
de la comedia Angela María.

## BATERÍA

REY ALFONSO. — ¿De quién es "La culpa?"

No es que dudemos de que los Sres. Manzanque y Pérez Herrero sean autores originales de la comedia de este título; no. Esta cuestión no nos preocupa.

Lo que hace falta es saber quién es el culpable de este estreno; no porque vayamos a exigirle responsabilidades, cosa que resultaría pueril en estos tiempos de impunitismo.

Queremos saberlo nada más que por curiosidad natural. Aunque no vimos entera la comedia, pudimos darnos, por el desenlace, cuenta de lo que fué al principio. Las cosas suelen, por lo general, acabar como empiezan, o un poco peor.

*La culpa* acaba mal, porque al final el marido mata a ese hombre infame que se llama Manolo. El público se alegra mucho de que Manolo fallezca, más que por otra cosa, porque Manolo ha estado hablando en camelo durante los tres actos. Nunca ha habido en Teatro un crimen más justo. Y si, además, el marido lava su afrenta, todos contentos.

Lo terrible es pensar que durante los tres actos, no sólo los personajes, sino que hasta el público y los autores, creen que Manolo es solamente un sinvergüenza, pero no que es el autor de *La culpa*. Los Sres. Manzanque y Pérez Herrero son, sin duda, los primeros sorprendidos por aquel grito con que la protagonista salva a su pobre primo, que está próximo a sufrir algún desperfecto, para acusar de pasó al traidor y camelista Manolo.

Viene la tragedia entonces. El marido mata, y los demás se quedan de una pieza. El público también se queda de una pieza, de una pieza en tres actos, nada menos.

Manolo, que muere por sus muchas culpas, no sabe lo bien que hace con morir en seguida. El mismo nos ha confesado que está *boceras*, y que piensa venir a Madrid para colocarse en una casa de juego, único lugar que corresponde a sus pésimos antecedentes. No sabe, el pobre, que en Madrid no juega casi nadie, y que no hay casas de juego. Hay que pensar en los días terribles que hubiera pasado en Madrid sin dinero y sin que nadie entienda lo que dice.

Bien muerto está, y todo arreglado. Los amigos de los Sres. Manzanque y Pérez Herrero encontraron deliciosa la comedia, y la aplaudieron al final de todos los actos con un entusiasmo verdaderamente ruidoso. Enhorabuena.



# LAS COSAS DE LOS TEATROS

## "EL YUNQUE"

El Sr. López Merino tiene la obsesión, sin duda, de aquel López Pinillos, tan buen comediógrafo, que falleció hace pocos años... Pero éste es otro López.

La tragedia *El yunque*, estrenada en el teatro Martín la semana pasada, pretende, en vano, recordar la *manera* del ilustre periodista finado... ¡Y no hay manera! Aquello era carne, dolor, realidad; esto es cartón piedra, efectos falsos, disparate a caño libre.

El Sr. López Merino quiere hacer nada menos que la tragedia del incesto, y hasta lo advierte en los carteles, no vaya a ser que se horroricen los timoratos; pero la verdad es que nadie se asusta. Ni con el incesto, ni con un parricidio que se produce en la obra, ni

siquiera con el ataque de locura que se nos da de propina, hay modo de que lleguemos a emocionarnos. Lo que más éxito obtiene en la obra es un tipo cómico, sainetesco, fuera de ambiente, y dibujado con tal habilidad y buen gusto, que una de las veces hace mutis declarando que va a un corral a realizar un acto fisiológico que nadie puede hacer en su representación. ¡Y esto en una tragedia, y transcendental, por más señas!

López Merino intenta hacer género crudo, escenas pasionales, teatro real... ¡Y buen teatro real le dé Dios! ¡Ni tan siquiera el cine de la Flor! Basta decir que los espectadores sensatos celebraron con carcajadas las escenas que el dramaturgo quiso hacer más intensas y desgarradoras.

Y... no demos más golpes a *El yun-*

que. ¡Bastantes le han dado ya en los periódicos con motivo del estreno!  
¡Y los que debieron darle al autor!...

## "LA CULPA"

En el Rey Alfonso estrenaron los señores Manzaneque y Pérez Herrero un drama andaluz titulado *La culpa*.

Aunque la obra, según dicen los carteles, es de los señores ya citados, hay quien se empeña a todo trance en averiguar de quién es la culpa: de que se haya estrenado el drama, naturalmente. Y menos mal que ellos, en una autocrítica o interviú publicada antes del estreno, se apresuraron a declararlo.

En cuanto una Empresa les promete poner en escena cualquiera de sus obras, ya no la dejan vivir en paz, hasta que consiguen su propósito.

De donde se deduce de un modo natural y lógico que la culpa del estreno de *La culpa* es del empresario.

¡No haber prometido estrenarla!...

## UN LAMENTO

Por cierto que ya que hablamos del estreno — afortunado, por cierto — de la nueva producción de los señores Manzaneque y Pérez Herrero, hemos de relatar un cómico incidente desarrollado en el transcurso de la representación.

Uno de los actores del Rey Alfonso, que desempeñaba importantísimo papel, tuvo lo que suele decirse *una mala noche*. Parrafada que soltaba, *camelo* que el hombre metía sin poderlo remediar. Al final de una de estas lamentables equivocaciones, que duró todo el parlamento, hubo de decir:

— ¡No te entiendo!

Y un espectador, que se mostraba indignado en su butaca, exclamó en el acto con acento dolorido:

— ¡Ni nosotros a ti tampoco!

## UNA PREVISIÓN

Ustedes saben que la partitura de *La leyenda del beso* la han cantado, desde que se estrenó, casi todas las tiples de Apolo. Primero, María Caballé; luego, Rosita Rodrigo; después, Emilia Caballé; otro día, una nueva, etc., etc.

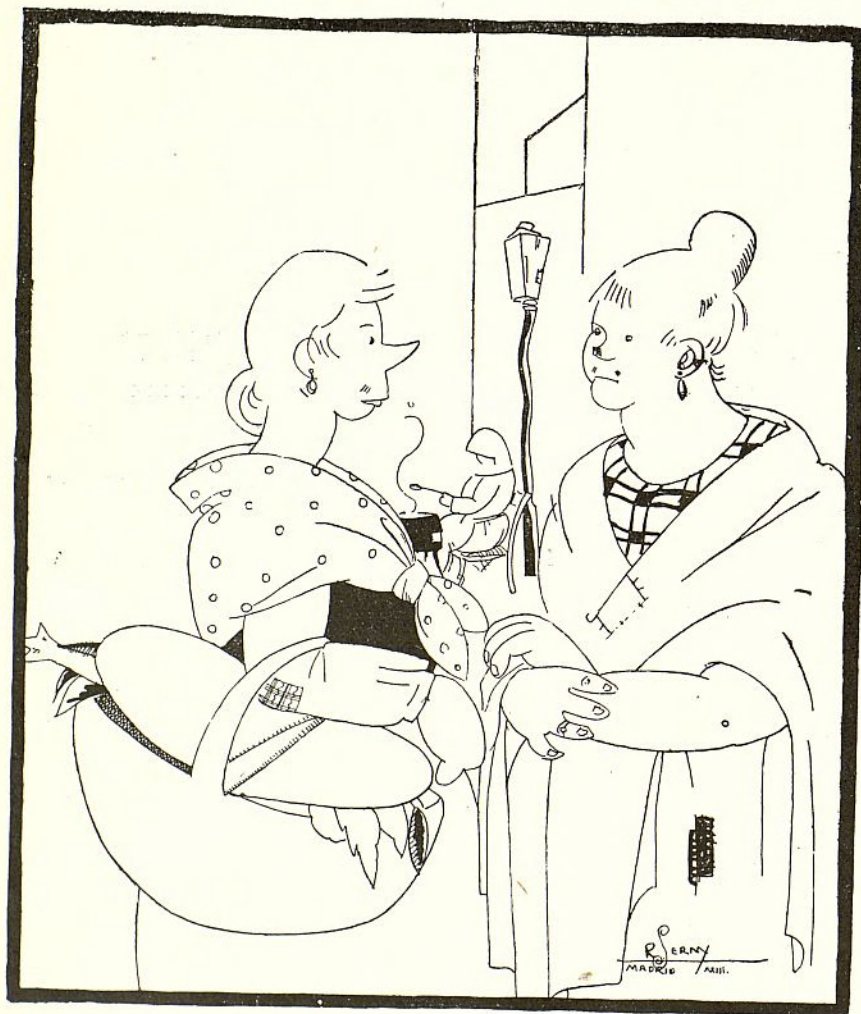
A los dos días de cantar las pobres artistas, fatalmente, enfermaban de la garganta.

Y en vista de que la Empresa ya no contaba con otras tiples para sustituir a las enfermas, pensó en contratar a la celebradísima Cora Raga.

Hace pocos días le enviaron, para su estudio, la partitura de *La leyenda del beso*... Y Eulogio Velasco, precavido, con la *particella* mandó a la sin par Cora una carta de presentación para el laringólogo Dr. Tapial!

Rigurosamente cierto.

José L. MAYRAL



Dib. SERNY. — Madrid.

— Ayer robaron en casa de mis señores, y se llevaron dos consolas.  
— ¡Oh! ¡Estarán desconsolados!...



# LA RELATIVIDAD Y LA CAJETILLA DE 0,50

## I

Mi cerebro navega por el piélago del absurdo desde el miércoles pasado, a las cuatro y diez minutos de su tarde.

Ese día, y a esa hora, he cruzado las puertas de un estanco, orladas de rojo y gualda, o vino de Jerez y vinillo de Rioja, que dijeron dos autores ínclitos, o huevos fritos con pimientos de Orihuela, que puede que digan otros autores no menos geniales, porque en España, como haber inspiración, la hay, ¡qué caray!

Y paso adelante... Es decir, entro en el estanco... Es decir, creo que ya he dicho que entré...

Sí, entré. Entré sin pedir permiso y con el sombrero puesto (¿versallismo?, ¿distracción?, ¿catarro?, ¿me alegro de verte bueno?... no lo sé).

Solicité, sonrisa en boca, dos reales en mano y escama en el alma, una cajetilla de a cincuenta... Me la dió, es decir, me la vendió el estancuero con un gesto olímpico que si lo ve Moltke, pierde la guerra del 70, y si lo vé Carpentier, se desmaya desde los pies a la cabeza... Tomé, tembloroso, cabellos erizados (los pocos que me quedan), corazón palpitante, el misterioso paquete... Salí del estanco, palpéme, respiré por primera vez en aquellos diez minutos.

— ¿Aun vivo? — me dije —. ¡Sí! ¡Casualmente, pero vivo!

Tomé el Metro poco después. Me quedé dormido. Soñé con el estancuero... ¡Qué pesadilla más horrorosa!... Yo estaba en sus manos. Me quería matar... Yo gritaba... Sus manos olían a sangre inocente, a cirio funerario, a tierra húmeda, a fenol, a aceite frito..., a todo, ¡menos a tabaco!

El cobrador me despertó en la Iglesia. ¡Sonreí, porque pensé despertar en el cementerio!

Subí a mi casa y abrí la cajetilla. Pero esto lo voy a contar en otro capítulo.

## II

¡Absurdo, arcano, magia, fantasmagoría, lío!...

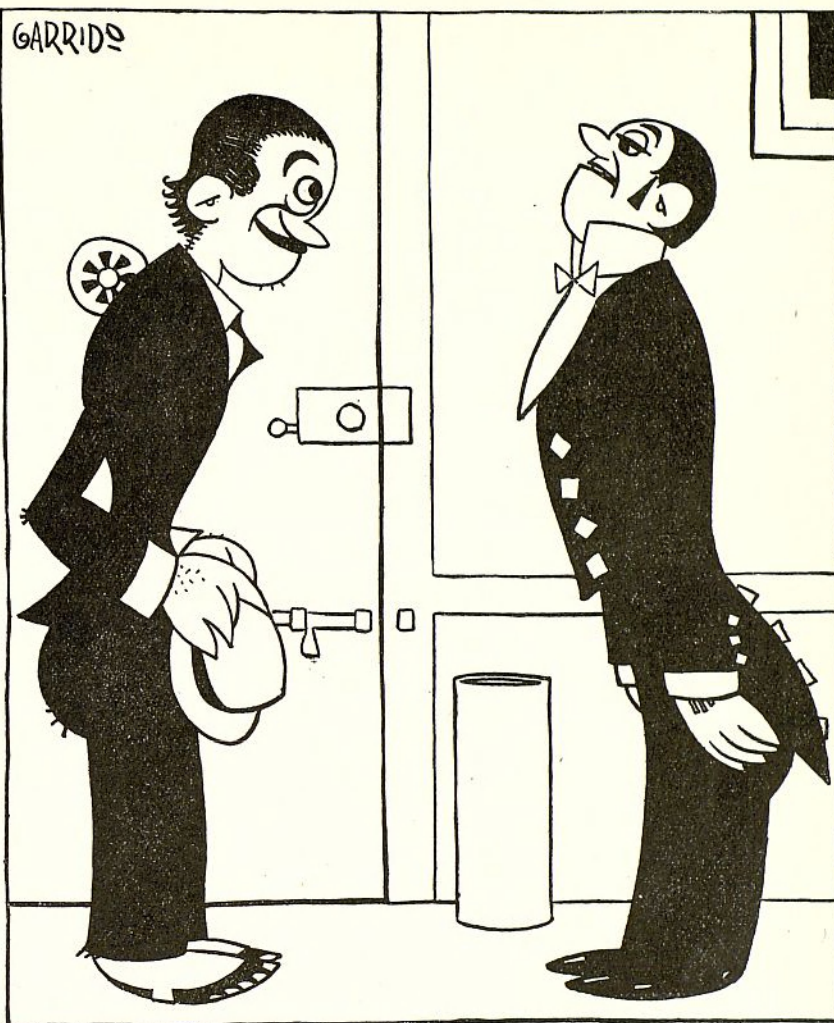
¡Algol!... ¡La cajetilla contenía veintidós pitillos!

— ¿He contado mal? — grité estupefacto —. ¡Y conté otra vez!

— ¡Por la cruz de San Andrés, que aquí sumo veintidós!...

Sí, señores... (y no digo señoras, porque las señoras no fuman, y porque a las que fuman no las quiero decir nada). Sí, señores... La cajetilla, que debía

GARRIDO



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— El señor, no recibe.

— No; si para el asunto que yo vengo, lo que hace falta es que dé...

contener veinte, contenía veintidós cigarrillos: veintidós, fijos, inmutables, perennes, indiscutibles.

¿Estará loca la Arrendataria?

Rechacé este pensamiento.

Otro me asaltó en seguida: ¡estos dos pitillos son de un infeliz adquisidor que a estas horas gime y se mesa los cabellos ante su cajetilla, que no tiene más que diez y ocho!

— ¡Pronto! ¡La criada! ¡Este anuncio a La Voz, al A B C, a La Correspondencia y a El Diluvio, de Barcelona!

Redacté el anuncio:

«Se advierte al caballero u obrero caballeroso que haya comprado una cajetilla a la que le falten dos cigarrillos, que el poseedor del paquete en que esos dos pitillos han sido introducidos distraídamente, los restituirá, siempre que se le demuestre el hecho de modo indudable.»

Tranquila mi conciencia, me dormí como un ángel dos horas, tres, cuatro... A las cuatro, que ya eran las ocho, me despertó un estrépito formidable...

¿Terremoto? ¿Cataclismo? ¿Juicio final?...

¡Mi casa vibraba... La calle trepidaba... El barrio parecía sacudido por un terrible huracán, por una hecatombe planetaria, o... por un estornudo de Sánchez Toca...

Salté de la cama, y salí al balcón en paños menores de edad... ¿Cuánta gente había en la ancha avenida? ¿Mil hombres, diez mil, cien mil? ¡Mi espanto no me lo pudo precisar! ¡Eran muchos, era un torrente, un alud, una manifestación que empezaba en mi escalera y se prolongaba hasta el infinito!

Al fin vi claro, y lancé un grito de locura...

¿Todos aquellos honradísimos caba-



llos poseían cajetillas con diez y ocho pitillos?

¡Oh, sí!... ¡Tres horas después pude convencerme de ello, al conceder audiencia al ciudadano número setecientos ochenta y dos!...

Pero pasemos al capítulo siguiente. (Porque pasar al anterior sería tonto.)

## III

El ciudadano número setecientos ochenta y dos verificó conmigo la mismísima operación que habían llevado a cabo los setecientos ochenta y uno anteriores.

Sacó su cajetilla (diez y ocho pitillos, ni uno más), cogió la mía (veintidós, ni uno menos), tomó ambas al peso, y me devolvió la de los veintidós, diciéndome:

— ¡No me conviene el cambio! ¡La mía pesa más!...

Y se retiró, ofreciéndome su casa.

Subió otro ciudadano, y se repitió la escena...

Pero éste era un intelectual, un filósofo, un pirandelliano, y condensó la cuestión en palabras:

— ¡Usted es una víctima y yo otro! ¡Y ese mar humano que se agita ahí abajo, un mar de víctimas..., o la mar de *primos*, como usted quiera!... Yo ya he verificado la disección de mi cajetilla... El envoltorio dice en letras de molde: *20 cigarrillos superiores*; pero abro el envoltorio, observo, ausculto, estudio, analizo, y veo que ni son superiores, ni son cigarrillos, ni son veinte... ¡Pienso en el suicidio, en el convento, en la emigración; pero leo su anuncio, y la esperanza

renace en mí!... ¡Vengo a su casa, y ante el hecho absurdo, aunque verídico, considero que usted es mucho más desgraciado que yo, y me vuelvo optimista! ¡Usted es el hombre de los veintidós cigarrillos, y yo el de los diez y ocho...; pero en su cajetilla, donde caben sus veintidós, no caben, aunque se aprieten, más que catorce de los míos!...

— ¡Esto es la relatividad! — respondí yo —. ¡Nada, es nada! ¡En el mundo no hay peso, ni medida, ni forma!...

— ¡Que no hay forma, ya lo sé yo! ¡La Arrendataria nos hará seguir fumando cosas incongruentes por eso, porque no hay forma!...

— ¿Usted no cree en la teoría nueva? — le interrumpí —. Realmente, ¿usted es usted?... ¿Y yo soy yo?... ¿Y esta casa es mi casa?...

— Es lógico e impenable, caballero.

— ¿Y esto es una cajetilla?

— Por desgracia...

— ¿Y estos son veintidós pitillos?

— La Aritmética es un baúl de axiomas. Veintidós ha contado usted, y veintidós son.

— ¿Y esto es tabaco?

— ¡Mire usted: ante esa pregunta vacila la lógica, la Aritmética y todas las ciencias exactas u ocultas!... ¡Yo creo que no es tabaco!

A la última sílaba de esta frase, caí de espaldas y caí de mi burro...

## IV

Conclusión:

He odiado a mi cajetilla; pero odiándola y todo, me he resignado y me he decidido a fumármela.

He intentado sacar el primer pitillo.

Estaba pegado al fondo con la goma de la envoltura.

He sacado otro que no estaba pegado.

Tenía una rotura que le dividía en dos. El tabaco (¿?) se había esparcido por el suelo.

He sacado el tercero.

Estaba liado con tres papeles de fumar superpuestos.

Por fin, he podido encender el cuarto.

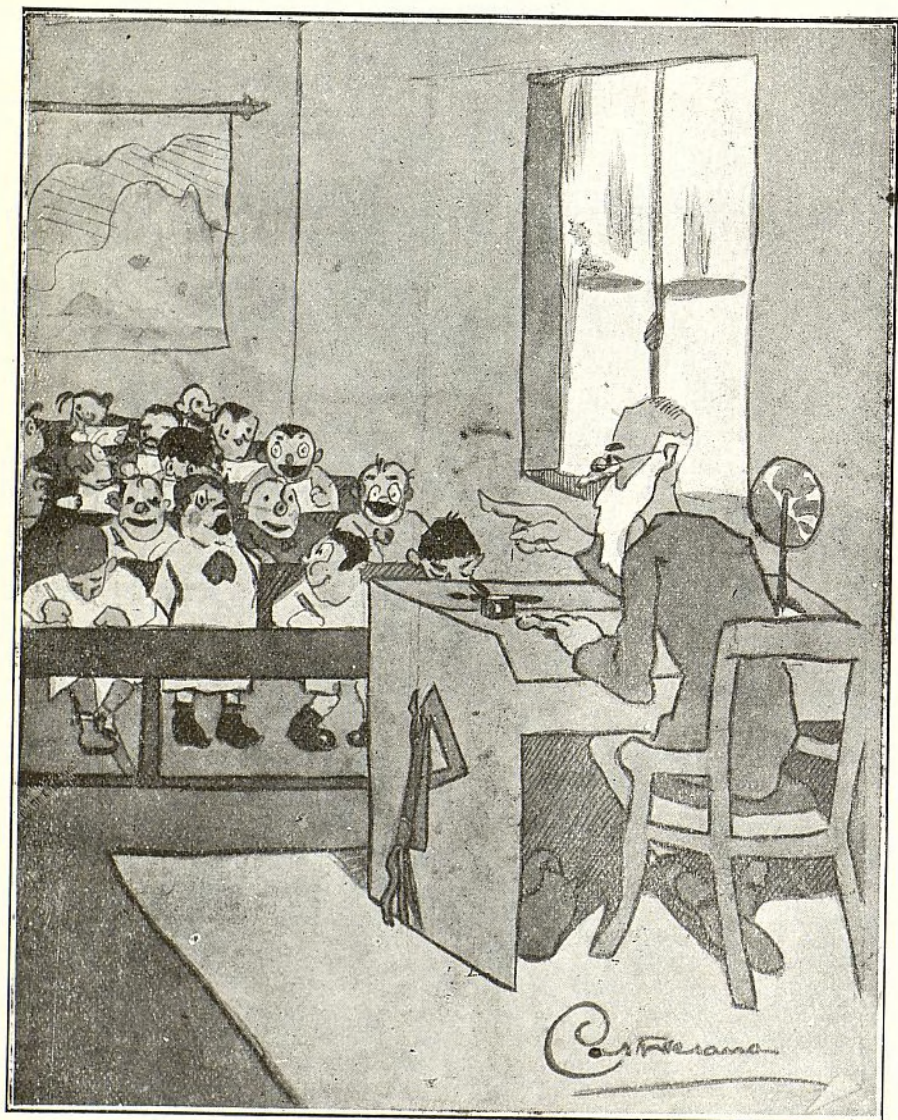
A la tercera chupada, una detonación formidable ha conmovido los cimientos de mi vivienda, una preciosa lluvia de chispas ha brotado de mi boca, y un olor a agua de Colonia, a caucho quemado y a cuerno ídem se ha esparcido por todas las habitaciones.

No debo quejarme, no puedo quejarme, no quiero quejarme. El hecho concreto, innegable y rotundo es que por dos reales me han dado veintidós pitillos, veinticuatro papeles de fumar, una traca, un bonito castillo de fuegos artificiales y una estufa de desinfección.

Y yo, agradecidísimo. Pero ¡ay! ¿Por qué no me habrán dado lo que yo pedía, que era sencillamente una cajetilla de a cincuenta?...

¡A esto no hay quien me conteste! ¡Ni Einstein, ni aquél, ni el otro, ni nadie!...

NÉSTOR O. LOPE

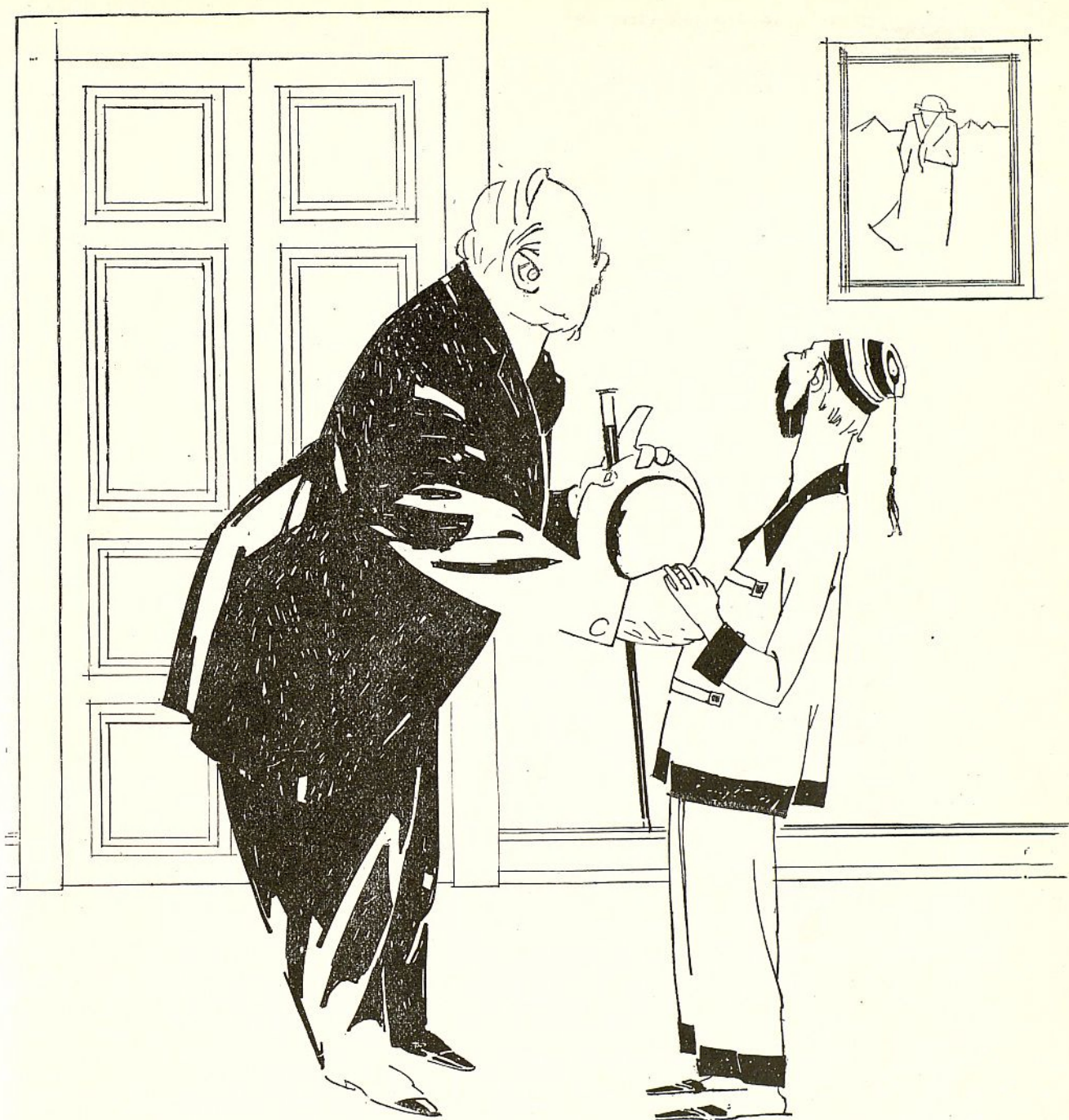


EL PROFESOR. — ¿De dónde se saca el azúcar?

EL DISCÍPULO. — No lo sé, porque mi madre la esconde, y no la encuentro...

Dib. CASTRESANA. — Madrid.



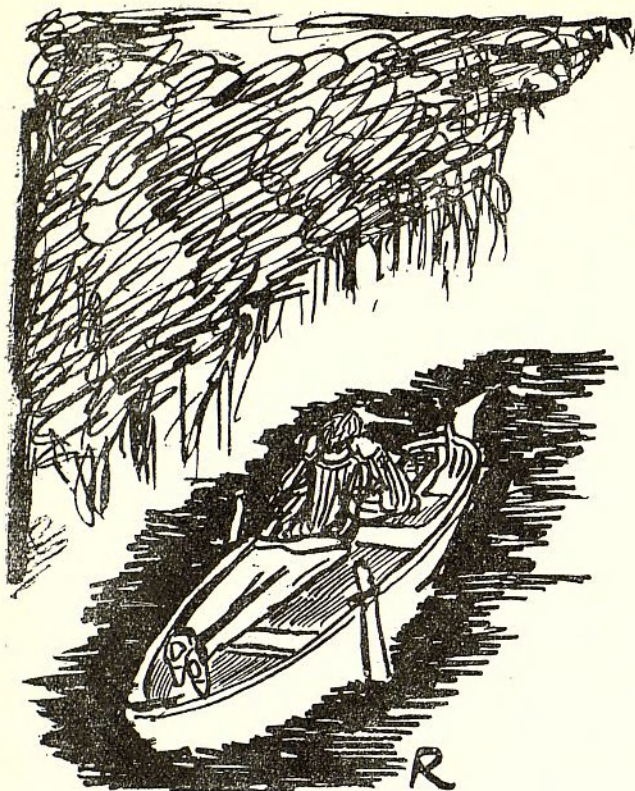


Dib. ARISTO TÉLLEZ. — Madrid.

— No es nada, tranquilícese. Lo que tiene su señora no es más que una simple parálisis de la lengua.

— Dígame, doctor: ¿habrá esperanza de que no cure en algún tiempo?





RAMONISMO

## POSTURAS DE LECTOR

Después de haber aprendido a leer, nos sorprendió todo lo que requería ser leído, todo lo que nos esperaba entre cortinas. Quizás hubiéramos *desaprendido*, asustados de las bibliotecas y los archivos que nos apelaban.

De cada lomo de libro salía una querencia y un echarnos los brazos, como esos niños que se quieren ir con nosotros. Entonces sufrimos el primer dolor de cabeza de lector, y nos quedamos como sin sentido en la selva espesa de las letras.

¡Qué jaquecas de leer en la primera infancia, la cabeza metida entre el engranaje de las letras, todo el ser aplicado a un mecanismo de ruedas pequeñas e innumerables!

Muchos niños han muerto de lectura aguda, y muchos hombres también; pero, sobre todo, en la adolescencia es cuando es más terrible el mal.

Hay tifus de lectura, que alcanza a esos jóvenes adolescentes con los que luchan la naturaleza, el instinto, la imaginación libre, y del otro lado, la lectura copiosa y obligatoria.

Se han escrito *Artes de saber leer*, que son tan amargos como la propia lectura, y que no ayudan a nada. Son como las *grageas* contra el mareo, que lo acentúan más.

Los lectores luchan contra su rebeldía a leer y estudiar.

En esa necesidad de avanzar en una lectura que no se siente, se han inventado aparatos de suplicio atroces, ataharres terribles: una caña, una piedra atada a la caña, todo eso, unido a un pedal, y cuando el que leía se distraía o se dormía, ¡pum!, la piedra caía sobre la cabeza del lector, y le hacía un chichón como para aumentar su capacidad de cultura y reventiva.

Mucho se ha utilizado la jofaina de agua fría, en que cae la cabeza del que se duerme, y proverbiales son los estudiantes

que estudiaron con dos pesas sostenidas en las manos, que al dormirse se abrían, y las dejaban caer con ruidoso estrépito, pues muchas veces se colocaba algo de hoja de lata debajo.

Hubo el estudiante rabioso contra el sueño, que estudia bajo una especie de guillotina feroz, y es la navaja de afeitar, colgada sobre su cabeza, la que se había de encargar de vengar su adormilamiento.

Gracias a esas *velas* y *cuerdas* de la nave del sueño, que el buen vigilante arría, estira y gobierna sobre su pupitre, la lectura marcha sin confusión.

¡Terribles noches aquéllas en que todo el texto bizquea y se empastela toda la letra, y las *des* se acuestan, y las *oes* vuelan como burbujas, y las *ies* no se encuentran, y las *haches* se evaporan! Los primeros caligrafos cubistas los leímos en sueños, en rara proyección, todo desparramado, torcido, desnucándose.

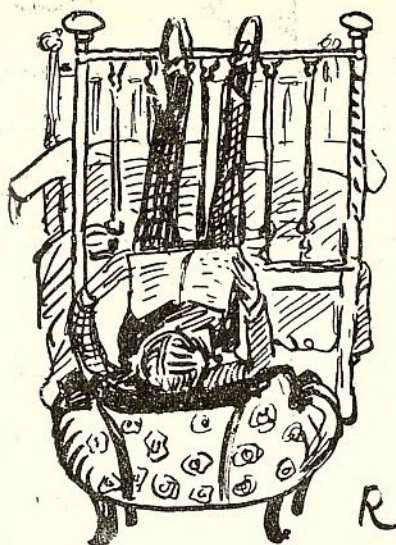
Difícil lectura. Sólo vencen sus dificultades los que encuentran la postura ideal, la postura que les corresponde entre todas las posturas.

Según los caracteres y la fluidez o densidad de la sangre de cada lector, es necesaria una u otra. Hay quien se ha pasado toda la vida buscando su postura mejor, que si hubiese encontrado le hubiera consentido ser un hombre célebre de gran cultura; ¡pero no pudo hallar la postura cómoda para su razón y su paciencia!

Es la primera vez que se ataca con franqueza este estudio de las posturas cómodas al lector. Si lo hubiese escrito en Alemania, ya me habrían nombrado profesor de posturas para lectores en una Universidad de las muchas Universidades desconocidas que hay allí; pero aquí se meterán conmigo todos los que tengan algún arma en la mano.







Así como hay la gimnasia sueca, profundamente científica y de apariencia simple, un sistema de posturas cómodas para acompañar las lecturas difíciles, serviría para hacer más digestibles todas las lecturas, incluso las imposibles de digerir.

Ya estoy viendo el cuadro que se podría hacer con sus cuerpos reales y sus cuerpos de puntos suspensivos. ¡Cómo harían definitivamente compatible con su pereza la lectura los grandes holgazanes!

Ahora, ese arte de la postura, abandonado a las improvisaciones de los lectores, es algo caótico y absurdo, aunque a veces, como ese sabio lector colgado de una rama y en teratológica actitud, haya encontrado la postura suprema para leer.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA  
Dibujos del escritor.

## EL DESTINO MANDA

Es cosa corriente asegurar que en el corazón nadie manda, y que el amor es ciego, y que la pasión no reconoce leyes. No es esto cierto en absoluto, sin embargo, y todos los filósofos aseguran que la sabia Naturaleza tiene establecidas, en esto como en todo, reglas soberanas, provechosas para la especie.

Y una de ellas es, indudablemente, la de la atracción de los contrarios. Todos sabemos que a los morenos les gustan las rubias, y que a los rubios les gustan las morenas. Los hombres altos y fornidos prefieren las mujercitas delicadas y frágiles, y, en cambio, para un hombrecito pequeño y débil, la mujer-cañón goza de atractivos irresistibles. Y los narigudos pierden los estribos con las mujeres chatas, mientras que a las mujeres narigudas, sobre todo si son andaluzas, se les suben a la cabeza los chatos...

Después de todo, es conveniente que así sea. Si sucediera lo contrario, y los narigudos sólo se unieran a las narigudas, y los chatos con las chatas, al cabo de algún tiempo la Humanidad quedaría dividida en dos razas diferentes: la de los *sánchez-tocas* y la de los *eloy-bullones*, de gustos e intereses contrapuestos, lo que complicaría no poco la cuestión social. ¡De sobra tenemos con las luchas entre el capital y el trabajo!

\*\*\*

Casimira era rubia, rubia como las espigas cuando están rubias; su cutis de raso, levemente matizado de rosa en los sitios oportunos, podía competir en blancura con la leche merengada, con el almidón Remy y con el bicarbonato de sosa; sus ojos azules eran puros como un cielo de mayo sin nubes; su talle era

flexible como la palma alta, y sus labios eran el consabido rubí del poeta, y su voz era argentina... Lo que no tiene nada de particular, porque Casimira había nacido en Buenos Aires.

Todo era en ella delicadeza y ternura, todo candor, todo inocencia; tímida como el corderito sin destetar, nunca había cruzado la palabra con un hombre, y no conocía del amor más que lo aprendido en los cuentos de Calleja.

Y, sin embargo, en sus castos ensueños de doncella, bajo la tibia holanda de su lecho virginal, Casimira se representaba un mancebo hercúleo, de ojos de fuego y negra cabellera, que, atenzándola con sus brazos de hierro, la llevaba desmayada hacia el templo del Amor...

\*\*\*

Casimiro era un muchacho exuberante y arriesgado, de tez morena como los árabes del desierto, y de negra melena, negra como la noche en el túnel o como la tinta Pelikan. Hecho a todos los deportes, desde el fútbol hasta el paso y la uva, pasando por el *tennis* y la gallina ciega, sus fuerzas eran tales, que apagaba las bombillas soplando, y sus músculos, semejantes a cables de acero, le hacían capaz de las más estupidas hazañas: partir con los dedos los duros sevillanos, levantar en peso la Puerta de Alcalá, tomar el tranvía de las Ventas en la Cibeles...

Y él también soñaba... Soñaba con una mujercita rubia, toda fragilidad y dulzura, de ojos azules castamente fijos en el suelo...

\*\*\*

El Destino, que dirige los pasos vacilantes de los mortales, dispuso que a

Casimiro le dieran un destinillo de ocho mil reales en Hacienda, lo que le obligó a trasladarse a la ciudad en que vivía Casimira. Dispuso también que encontrara alojamiento en el mismo barrio, y si no en la misma calle, en otra contigua. ¡Cosas del Destino... y del destinillo!

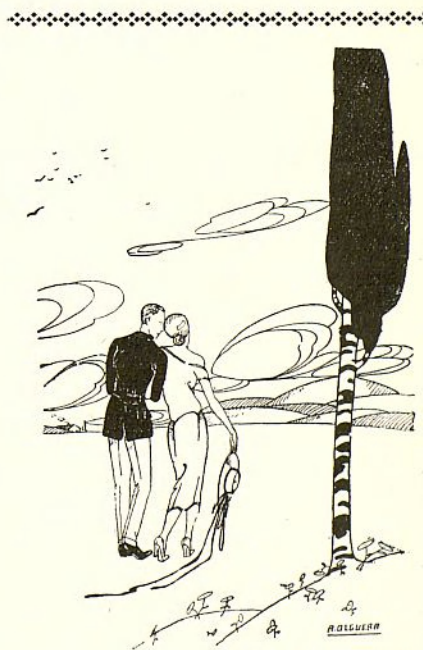
Medio centenar de metros los separaba; respiraban el mismo ambiente; el mismo horizonte los circundaba, y no digo que el mismo sol los alumbraba, porque eso nos pasa a todos, tanto a los vecinos de Jadraque como a los de Singapur, y hasta a los de Marte, si los hay...

\*\*\*

En verdad os digo que estaban hechos el uno para el otro, o la una para el otro, o el uno para la otra, que de las tres maneras puede decirse. El Destino los había dotado de atractivos complementarios, los había acercado luego, y sólo faltaba que saltara la chispa para producir la llama...

Y por esto es indignante que, después de tan bien preparadas las cosas, el Destino les gastara la bromita de permitir que, en los diez años que Casimiro y Casimira residieron en la misma ciudad, no tuvieran ocasión de verse y fueran siempre el uno para el otro completamente desconocidos. Sí, señor, tan desconocidos como puedan serlo dos personas que ni por casualidad se han encontrado una sola vez por la calle...

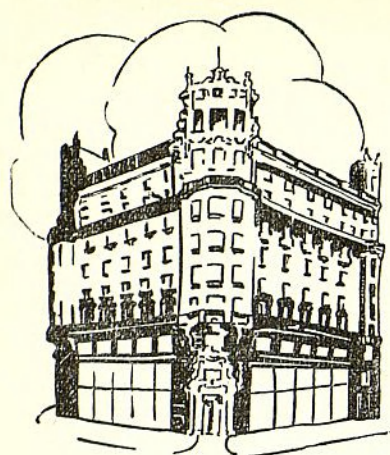
ANTÓN TRIJUEQUE



Dib. OLGUERA. — Madrid.

ELLA. — ¡Me da miedo esta soledad!  
EL. — ¿Por qué lo dices? ¡Vas conmigo!  
ELLA. — ¡Pues por eso!...





# CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones

## LOS HUMORISTAS

Obras selectas del humorismo mundial

EN ESTA COLECCIÓN ACABA DE PUBLICARSE  
**La dama de los peces de colores**  
 POR TIRSO DE MEDINA

Obra de inmensa gracia  
 Un volumen: CUATRO PESETAS

### OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

#### HUMORISTAS ESPAÑOLES

Julio Camba: La rana viajera. Un tomo..... 4 ptas.  
 — Aventuras de una peseta. Un tomo..... 5 —  
 Ramón Gómez de la Serna: Disparates. Un tomo.... 4 —  
 — El incongruente. Novela grande. Un tomo..... 4 —  
 — Ramonismo. Un tomo, con ilustraciones del autor..... 4,50 —



#### HUMORISTAS RUSOS

Antón Chejov: Historia de una anguila y otras historias. Traducción del ruso, por Saturnino Ximénez. Un tomo..... 3,50 ptas.  
 A. Averchenko: Memorias de un simple y Los niños. Traducción del ruso, por C. Portnof. Un tomo.... 3,50 —

#### HUMORISTAS FRANCESES

René Benjamin: Gaspar. Traducción del francés, por Manuel Azaña. Un tomo..... 4 ptas.  
 — El comandante Pipe y su padre. Traducción del francés, por Nicolás González Ruiz. Un tomo..... 3,50 —  
 Jorge Courteline: Los señores chupatintas. Traducción del francés, por Nicolás González Ruiz. Un tomo..... 4 —  
 — Boubouroche. Traducción del francés, por Nicolás González Ruiz. Un tomo..... 3 —  
 Pierre Véber: Los cursos. Traducción del francés, por José A. Luengo. Un tomo..... 3 —

#### HUMORISTAS HÚNGAROS

Jeno Heltal: Manuel VII y su época. Traducción del húngaro, por Andrés Révész. Un tomo..... 3,50 ptas.  
 — Family Hotel y Mi segunda mujer. Traducción del húngaro, por Andrés Révész. Un tomo..... 4 —  
 — La modistilla (cuento de verano). Traducción del húngaro, por Andrés Révész. Un tomo..... 3 —  
 — Los siete años de hambre y Cuentos. Traducción de húngaro, por Andrés Révész. Un tomo.... 3 —  
 — La verdad a perra chica. Traducción del húngaro, por Andrés Révész. Un tomo..... 3 —  
 Esteban Szomaházy: El dramaturgo misterioso. Traducción del húngaro, por Andrés Révész. Un tomo. 3 —  
 Kálmán de Mikszáth: Gente de rumbo y El caftán del Sultán. Traducción del húngaro, por Andrés Révész. Un tomo..... 3 —  
 Andrés Révész: Antología de humoristas húngaros. Selección de novelas breves. Un tomo..... 3,50 —

#### HUMORISTAS INGLESES

Arnold Bennet: Enterrado en vida. Traducción del inglés, por Vicente Vera. Un tomo..... 4 ptas.  
 — El «matador» de Cinco Villas. Traducción del inglés por C. Rivas Cherif. Un tomo..... 4 —  
 — La viuda del balcón y otros cuentos de Cinco Villas. Traducción del inglés, por C. Rivas Cherif. Un tomo..... 4 —  
 H. S. Harrison: Queed el doctorcillo. Traducción del inglés, por Juan de Castro. Dos tomos. Cada uno..... 3,50 —

#### HUMORISTAS CHECOS

Jan Neruda: Cuentos de La Malá Strana. Traducción del checo, por F. Reisner. Un tomo..... 4 ptas.



### CATÁLOGOS GRATIS

De venta en todas las librerías y en la

**CASA del LIBRO**

AVENIDA DE PI Y MARGALL, 7  
 (GRAN VIA). — MADRID

Ríos Rosas, 24. CALPE. Apartado 547. — Madrid.

Remito pesetas ..... en sellos o Giro postal  
 para que me envíen un ejemplar de .....

D. ....

Calle .....

Población: ..... Provincia: .....



# TELEGRAMAS DE TODAS PARTES

(Queremos decir de algunas partes, porque de todas es imposible meterlos aquí. No cabrían, ni aun estrechándose mucho, ni todas las partes ni todos los partes.)

**Valladolid.** — Hace un frío espantoso, insoportable, cruel, desaforado y persistente. Ayer se han quedado helados tres individuos, dos de ellos por llevar insuficiente ropa, a causa de lo mísero de su situación. El tercero se quedó helado, porque le dijeron que su mujer se acababa de escapar con un amigo.

Los termómetros han bajado de un modo alarmante. Hay algunos que antes costaban veinte pesetas, y ahora los dan por cuatro.

Si la ola de frío continúa, no sé qué va a ser esto.

**París.** — Se acaba de separar de la compañía del teatro del *Vaudeville* un actor joven de relevantes méritos, y del que se esperaba mucho.

La causa de su decisión está en que, en el reparto de papeles de una obra nueva, le correspondió uno de escasa importancia para su categoría: el de vigilante del *water-closet* de la Cámara de Diputados.

El actor se negó a aceptar, alegando que mandarle a un *water* y darle un papel pequeño era una burla que no podía tolerar.

París está consternado.

Y yo también.

**Sevilla.** — El desmesurado y genial torero Rafael Gómez Gallo está enfermo de indigestión por haber comido carne de toro en malas condiciones.

Era la única manera de que un toro le hiciese daño a Rafael: en filetes y guisado.

**Roma.** — Mussolini acaba de despedir a su criada.

El motivo es serio. Parece ser que el ilustre hombre público ha dicho que en su casa no lleva la camisa negra nadie más que él.

**Nueva York.** — El eminente cirujano James Word acaba de salir precipitadamente para el Niágara.

Se afirma que va con la intención de operar las cataratas.

**Chicago.** — Un incendio ha destruido completamente el circo Watson, que poseía la más rica colección de fieras que había en el mundo: leones, elefantes sin educar, cocodrilos, panteras, una suegra, tres búfalos, diez lobos, un pez espada y tres banderilleros, un centenar de tigres de Bengala, etc., etc.

El animal más grande de todos era el domador, que es el que tiene la culpa del incendio, pues arrojó una colilla en la jaula de los tigres, y como todos eran de Bengala, ardieron en el acto.

De los tigres no quedaron ni los rabos.

De uno de los leones quedó una colilla (que no hay que confundir con la ausante del desastre, la cual no ha apa-

recido, por lo que hay quien dice que a este suceso no se le ve la punta).

El circo estaba asegurado... Pero los animales, no, y por eso han fallecido todos.

Les acompañamos en su justo dolor.

**Pekín.** — El distinguido mandarín Fu-Lig-Pao, como ustedes saben, porque lo dijeron muchos periódicos, casó hace algún tiempo con la viuda del no menos egregio mandarín Fa-Wei-Chang. Enamorado de la mandarina, quiso Fu-Lig que la viuda de Fa-Wei fuese su media naranja, y no decimos su naranja entera, porque la mitad de la mandarina la había ya paladeado el difunto.

En Pekín corrieron voces poco favorables para la viuda de Fa-Wei y actual esposa de Fu-Lig, pues decían los maldicientes que ni Fu ni Fa habían sido respetados en su dignidad de esposos. El caso es que hace pocos días estuvo a punto de desarrollarse una tragedia en el domicilio de Fu-Lig-Pao, el cual, regresando inopinadamente de la oficina, sorprendió a su esposa en los brazos

de un recaudador de contribuciones, que camelaba a la ingrata por la vía de apremio. La escena fué horrible, aunque corta, y el recaudador falleció de repente y de miedo, teniendo en cuenta que Fu-Lig había ya matado a sus seis esposas anteriores, sorprendidas en situación parecida, con seis amigos del preopinante.

Y aquí está el gran error del recaudador.

Porque Fu-Lig se encaró con su esposa, y, contra lo que era de esperar, no hizo Fu lo que había hecho en los otros casos. Sonrió con desprecio, la escupió al rostro (lo que demuestra que, además de chino, era cochino), y, cruzándose de brazos, profirió estas palabras:

— ¡Ya he matado seis, y no pienso matar más, como no me lo pida el público!...

Y para probar que su decisión era inquebrantable, se cortó la coleta aquella misma tarde.

El suceso ha causado en Pekín enorme sensación; y se explica, porque un chino que hace el indio es un lío de razas como para preocupar a cualquiera.

Incluso a mi querido amigo y admirador Confucio, que era un hombre que no se preocupaba por nada.

ERNESTO POLO

Dib. RAPHA  
Madrid.

## PLAN DE VERANO

— Y tú, ¿por qué no vas a San Sebastián?

— Chica, porque no tengo dinero.

— Pues mira, por eso mismo voy yo...





# DEL BUEN HUMOR AJENO

LOS MOUTIER, RECIBEN,  
por Max y Alex Fischer

## I

Los Moutier habían decidido aprovechar que acababan de instalarse en un piso nuevo para señalar un día de recibimiento, y fijaron la fecha del primer domingo de cada mes.

Por primera vez, el 3 de noviembre, Gisela y Gustavo Moutier debían quedarse en casa de cuatro a siete.

A las tres y media, de vuelta de hacer sus compras, con las manos llenas de paquetes, se encontraron en el portal.

—¿Qué, trajiste los bollos? — preguntó Gustavo.

— Sí...; suspiros y bartolillos soberbios, en una pastelería chiquitita, que no es muy elegante, pero está muy bien surtida. ¡A veinte céntimos!

— ¡Perfectamente!

— ¿Y tú, qué vinos has traído?

— ¡Todo lo preciso! Un Oporto viejísimo, en una botella que no se puede tocar de sucia que está. Barátísimo.

Iban a empezar a subir la escalera, cuando Moutier retuvo a su esposa por un brazo.

— ¡Espera! ¿Y la portera?

— ¿La portera? ¿Qué quieres decir?

— Mujer, acuérdate... La recomendación que habíamos decidido hacerle...

Se dirigieron a la portería, y humildemente rogaron a la señora Ludovic, la portera, que cuando sus amigos preguntasen en qué piso vivían, no respondiera el «quinto» sino el «cuarto, con entresuelo».

Y para estar más seguros de que les

concedería esta pequeña satisfacción de su amor propio, dijeron:

— A propósito, señora Ludovic. Llevamos aquí unos pasteles. Cuando se marchen nuestros amigos, tendremos el gusto de bajarle algunos.

## II

Sucesivamente, en este domingo, 3 de noviembre, entre cuatro y siete de la tarde, una docena de personas habían apoyado sus pulgares sobre el botón del timbre eléctrico colocado a la puerta del piso de los Moutier, y se habían sentado, rendidos, en los sillones del salón de los Moutier.

Estos habían comprado veinte suspiros y veinte bartolillos. A las ocho menos cuarto, cuando era evidente que ya no se presentaría ninguna visita, hicieron el inventario de los pasteles gastados.

— ¡Catorce! — dijo Moutier. — ¡Quedan catorce!

— ¿Tantos? ¡Qué gusto! ¡Va a ser un pequeño festín!

Acababan de calcular que, incluso dando dos pasteles a la criada, ellos podían tomar seis pasteles de postre cada uno, cuando Moutier exclamó:

— ¡Caramba! ¿Y la portera?

— ¡Es verdad! ¡Ya la íbamos a olvidar! ¡Ah! ¡Es triste tener que sacrificarse por esa vieja!

— Bueno, ¿qué le vamos a hacer?

— ¡Cosa prometida...! — dijo Moutier. — Así no nos quedarán más que cuatro a cada uno. Le bajaré cuatro.

Llevaba un plato con los cuatro pasteles, cuando se volvió hacia su esposa:

— Oye, Gisela...

— ¿Qué quieres, querido?

— Cuatro... ¿Tú crees que es necesario bajarle cuatro?... ¿No crees que dos bastarían?... Toma; pon este suspiro y este bartolillo en el comedor.

Todos los domingos, por la noche, los porteros, el señor y la señora Ludovic, tienen a cenar a sus dos hijos, a la hija y al yerno, el sargento de la guardia.

Cuando Moutier hubo franqueado el dintel de la habitación, en vista de la numerosa concurrencia, sintió no llevar más que dos pasteles.

— Sí, sí, señora Ludovic; no hay más que dos — murmuró confuso —. Perdóne usted...; queríamos haberle bajado más; pero hemos recibido más visitas que las que habíamos previsto... En fin, espero que el primer domingo que recibamos podrá ofrecerle un plato mejor provisto.

## III

Por segunda vez, ayer domingo, 5 de diciembre, los Moutier recibían a sus amistades.

Desde las cuatro menos cuarto, sobre un veladorcito del salón, los cuarenta pasteles esperaban en línea de batalla. El regimiento de copas, al mando de las botellas, ocupaba la segunda línea.

Desde las cuatro, Gisela y Gustavo esperaban, impacientes, a sus amistades.

Dieron las cuatro y media, las cinco menos cuarto, las cinco, y nadie aparecía.

— ¿Qué pasará? — dijo Gustavo.

— ¡No lo comprendo! — contestó asombrada Gisela.

Dieron las cinco y cuarto, la media las seis menos cuarto, y ninguna visita se dignaba llamar a su puerta.

A las seis, Moutier no pudo contener más su mal humor.

— ¡Demonio! ¡Yo no espero más a gente que se burla así de nosotros! ¿No eres tú quien querías recibir? Pues bien: recibirás tú sola...; ¡si vienen! Yo me voy a fumar un cigarro a la calle.

Una vez bajada la escalera, Moutier iba a cruzar el portal, cuando se contuvo para no dar un grito de alegría. Dos personas, dos personas, en las que reconoció, aunque estaban de espaldas, a sus amigos los Salignac, hablaban con la portera.

— Los señores de Moutier, es en el cuarto, con entresuelo, ¿no?

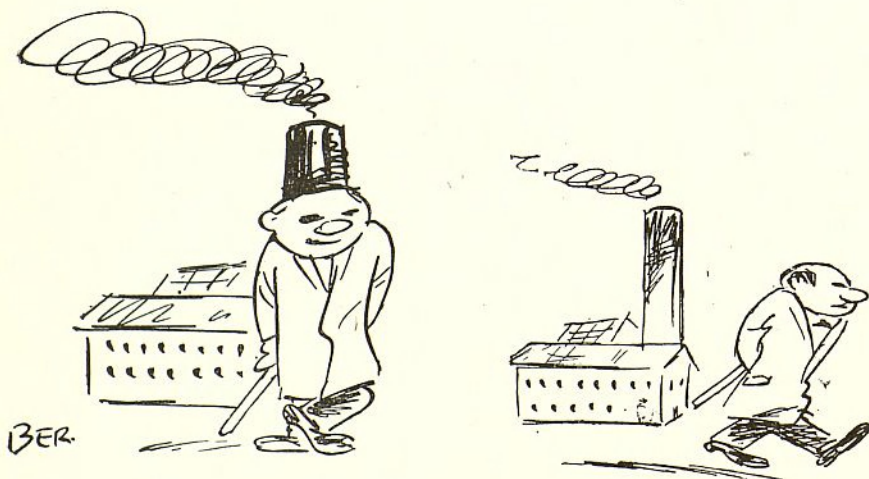
La portera contestó:

— ¡Sí, sí...! Es en el piso quinto; pero no se fatiguen en trepar. Los Moutier no están en casa. Han salido después de comer.

Después, petrificado, oyó cómo la portera decía a su esposo, cuando se hubieron marchado los Salignac:

¡Eh, Ludovic! ¡Otros dos más que he espantado! ¡Hoy no nos quitan los pasteles!...

A. R. H.



Dib. BERGSTRÖM. — Estocolmo.

DOS ASPECTOS DIFERENTES DE LA MISMA «CHIMENEA»



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

## BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

H. S. P. Madrid. — ¿Qué le hemos hecho nosotros para que nos amenace con mandarnos colaboración asidua?

G. San J. Valladolid. — Su «Merecido» tira de espaldas y rompe la columna dorsal. Y el pensamiento que ha dibujado al final de su carta, no es un pensamiento de Cervantes, precisamente.

Pancho - Rizo. — Nunca hemos leído tanta idiotez acumulada ni hemos visto menos sentido común. Además, hay chiste de fusil, ¿sabe el amigo?

Los dibujos de Tejero, Sarriego y Cur-cus, no pueden pasar, por lo detestables que son.

Monsieur Farandeaux. — La idea está bien; pero el desarrollo tiene poco interés. Haga otras cosas.

M. E. de C. Barcelona. — El asunto es viejo, y la versificación también es ancianilla.

A. S. La Coruña. — ¿Qué quiere usted, excelente amigo? Se nos antojó su trabajo demasiado pesatorio. Insista; sólo así puede lograrse algo que valga.

## AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Dos Vegetarianos, Bilbao. — Entre la colaboración espontánea, no entra en nuestros cálculos admitir la clase de trabajo que envían. Prueben con otros asuntos. Y dedíquense, sobre todo, a comer filetes.

B. L. y M. F. (en colaboración para hacer un dibujo con un chiste). — ¿Qué ganas deben de tener ustedes de perder el tiempo! ¡Con lo bien que está la Moncloa los días de sol!

B. L. y J. P. (en colaboración para hacer otro dibujo con otro chiste). — Lo que arriba decimos, y que ustedes se alivien.

R. P. Madrid. — Un nuevo vate pretende abrir con una ganzúa la puerta del Parnaso:

«Flores, pájaros, árboles, suspiros, cantos, risas, besos, palomas, susurros, dulzuras, ayes, sonrisas.»

Le brindamos a usted una nueva poesía, muy semejante a la suya, que, como ve, copiamos aquí. La nueva poesía es ésta:

«Pregones, bares, bicicletas, chimeneas, tartanas, botones, elefantes, tijeras, cañamones, pianolas, sídres, banquetas.»

¿Le gusta? Pues aprovéchela.

A. T. — Ni sabe usted dibujar, ni tiene usted nada dentro de la cabeza. El perro, que es lo mejor, está copiado de «Xaudarós».

R. C. L. — Se publicará uno.

Río, Oviedo. — Aprenda a dibujar, que no le estorbará en su carrera artística.

Machacante, Madrid. — ¿Usted, quién cree que es el director de BUEN HUMOR, Cienhigos?

Nos manda el pollo Machacante unas líneas, que empiezan:

«Desde el punto en que os ví, dulce señora, — cautivo me tomó vuestra hermosura...»

Además de que eso no es humorístico, sino muy serio, no ha nacido en su cabeza, porque es un soneto de Ricardo León, incluido en uno de sus libros: «Los Centauros».

Si aspira a robar, compre un máuser y asalte a los viandantes. ¡Exponga la vida, por lo menos, criatural...

E. R. — Tontísimas sus curiosidades, dicho sea sin ánimo de molestar.

Dam, Ferrol. — Es muy largo. ¿Quieren ustedes enviar cosas más cortitas? Si nos las mandan breves, y procurando que la rima esté cuidadita, las publicaremos «velis nolis».

Los dibujos de Martín Botella y Airobal pasan a engrosar el caudal de los dibujos malos, que son destinados, en castigo a su perversidad, al cesto de los papeles.

A. S. Madrid. — Por lo mismo que ese arte es personalísimo, debe usted abstenerse de cultivarlo. Una vez, ya está bien, ¿no le parece?

A. M. Mérida. — No sirve. Besugo. Avila. — ¡Imbécil!

## LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

### CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

A. L. F. — Se publicará.

Guillermo Tell, Madrid. — También.

A. de F. T. Madrid. — Está hecho con facilidad, lo cual es digno de aplauso; pero, la verdad por delante, tiene menos gracia que un naufragio en el mar de los Caribes. Haga otras cositas, a ver si le salen más chispeantes. Para su consuelo, le aseguramos que nada hay tan difícil como escribir en

cómico. Cervantes dijo que el hacer reír era oficio de grandes ingenios. Y perdónese la cita. Si le molesta, no acuda usted a ella, y en paz.

Romeo Sanchiz, Valencia. «Una tarde de primavera, arrullada por los trinos de los pajarillos, en la florida senda de un bosque de pinos...»

¡Vamos! ¡Para que lo sometan a un juicio sumárisimo!

## Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

Está a la venta el noveno cuaderno. La más útil biblioteca del artista, del taller y del amateur. 20.000 dibujos de elementos de arte y de estilos, de época y originales, coleccionados por orden alfabético. 2 pesetas cuaderno. Suscripción: trimestre, 5,50; semestre, 10,50; año, 25, con derecho a lujosas tapas. Pedidos al autor, J. LAPOULIDE, Cardenal Cisneros, 60, teléfono J. 17-18, Madrid. Suscripción y venta en todas las librerías.



— ¡Oh, Jorge!... Decías que tú solo podrías bajar el mundo por las escaleras... ¡Claro, ya está aquí abajo!...

(De Life, de Nueva York.)

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO



# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

—¿En qué se parecen las casas de juego al fútbol?  
—En que hay «centros» de mucho juego.

Benjamín López.

—¿Cuál es el bar más charlatán?  
—El «bar...-bero».

L. R. C. — Madrid.



En el café.  
—Camarero: sítvame una cabeza de cordero, pero que sea calva.  
—¿Calva ha dicho el señorito?  
—Sí; que no tenga pelos, como la del otro día.

Masto. — Madrid.

## ¿QUIÉN NO CONOCE...

la Ortografía Martínez Mier? — Las personas que no son cultas; todas las demás la tienen como obra de consulta sobre su mesa. En sus 450 páginas, además de una selecta y amena doctrina, hay estudios lingüísticos y un copioso vocabulario de palabras :: :: de escritura dudosa :: ::

En la peluquería.  
—El específico que usted me vendió para evitar la caída del pelo, no me ha dado resultado.  
—Pues todos los parroquianos lo usan y están contentísimos.  
—Bien; pues déme usted otra botella: será la última que me beba.

M. Conde. — Madrid.

La autoborrachera.  
Hablando de los automóviles, dijo un día Piave: Comprendo que esos vehículos anden; pero lo que no se me alcanza es que, consumiendo tanto alcohol, puedan andar siempre derechos.

El Pelusilla.

—¿Qué haría usted si le tiraran cuatro tiros, por diferentes sitios, a un mismo tiempo?  
—Morirme de frío; porque «tirito» por aquí, «tirito» por allá.

Benjamín López.

De visita.  
—¡Hola, rico! ¿Está tu papá?...  
—Sí, señor; me dijo que, si venía usted, esperase un poquito... Pero ¿y el uniforme?  
—¿Qué uniforme?... Niño, yo no soy militar.  
—¡Ah! Como papá dijo que seguramente vendría usted con el sable desenvainado...

Heliodoro Barcelona León.

Ella. — ¡Cuánto tiempo que no te veo! ¿Qué te haces ahora?

El. — Me he metido a boxeador: es la única manera de ganarse honradamente la «torta».

F. M. — Valladolid.

Un paleta visita por primera vez Madrid, acompañado de un amigo.

De pronto, queda aquél parado y con cara de espanto.

—¿Qué te pasa? — le dice el amigo.

—¿Que qué me pasa? Mira, mira esos cartelitos: «¡Alto aquí!... ¡Exposición!... ¡Bombas!... ¡Motores de explosión!...»

Heliodoro Barcelona León.

Entre dos cazadores.  
—¿A qué no sabes qué parecido hay entre un cómico torpe y un pájaro listo?  
—¡...!  
—Pues en que hay que «apuntarles bien».

Teócrita.

El periodista. — Bien; pues gracias por la interviú.  
El verdugo. — De nada, señor: deseando servirle.

M. Conde. — Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un sembrador?  
—Sembrar el terror y la muerte en los campos de batalla.

—¿En qué se parece un día de elecciones al día de Viernes Santo?  
—En que es día «de-voto».

Violón. — Valencia.

Dos toreros están parados en la calle de Alcalá.  
Pasa una muchacha muy bonita, y dice uno al otro: —¿Qué lástima de niña, tan hermosa, y qué poco le queda de vida!  
—Pero ¿por qué dices eso; tú que sabes?  
—No lo he de saber, si lleva una «media caída».

Enrique Soria. — Madrid.

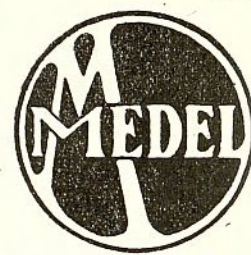
—¿En qué se parece los Almacenes Madrid-París a un lavabo?  
—En que de «to-hallas».

Luis Lázaro.

El atracador. — ¡El gabán o la vida!

El hombre-anuncio. — Tome, tome el gabán... Pero no se olvide de recomendar a sus amistades la casa que represento, sin rival en la baratura de los abrigos que confecciona.

Osnola. — Madrid.



GRAN VÍA, 18  
JUGUETES  
COCHES DE NIÑO

—¿En qué se diferencia un tenedor de libros de un carpintero?  
—¡...!  
—Pues en que el tenedor de libros hace asientos para bancos, y el carpintero hace «bancos para asientos».

Esoj Edncc. — Villagarcía de Arosa.

—¿Y no hay quien me tosa a mí?  
¿Qué pasa?... ¡Vamos!... ¿Quién vive?  
—¿Yo no le puedo toser, porque uso Jarabe Orivel!

—¿En qué se parece un católico al vino que expenden las tabernas?  
—En que los dos están «bautizados».

Piedad Otaola. — Madrid.

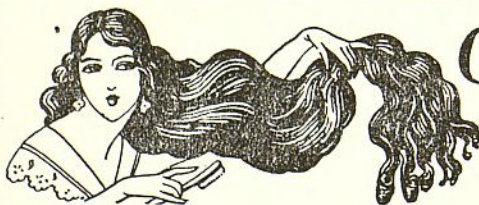
—¡Debes haberte divertido mucho en Madrid!  
—No salí del cuarto del hotel ni una vez.  
—¿Cómo?  
—Porque me costaba el cuarto quince pesetas diarias, ¿y no iba a aprovecharlas?

—Yo sólo viajo en bicicleta; en los trenes ocurren muchas desgracias.  
—También ocurren con las bicicletas.  
—Sí; pero, en general, sólo hacen una víctima.

J. M. Conde.

El premio del número anterior ha correspondido a **Piedad y su novio, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO  
Con una sola aplicación se logran  
— matices permanentes —

Cortés, Hermanos. — Barcelona



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 — )	10,40 —
Año (52 — )	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 — )	12,40 —
Año (52 — )	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen. 5

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA,

marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS** A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

**Polvos Belleza** Calidad superfina y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



# BUEN HUMOR



Él. — ¡Y te repito una vez más que quien lleva los pantalones en casa, soy yo!...

Ayuntamiento de Madrid

Dib. MEL.—Madrid.

MARCA

—Oy

—¡De